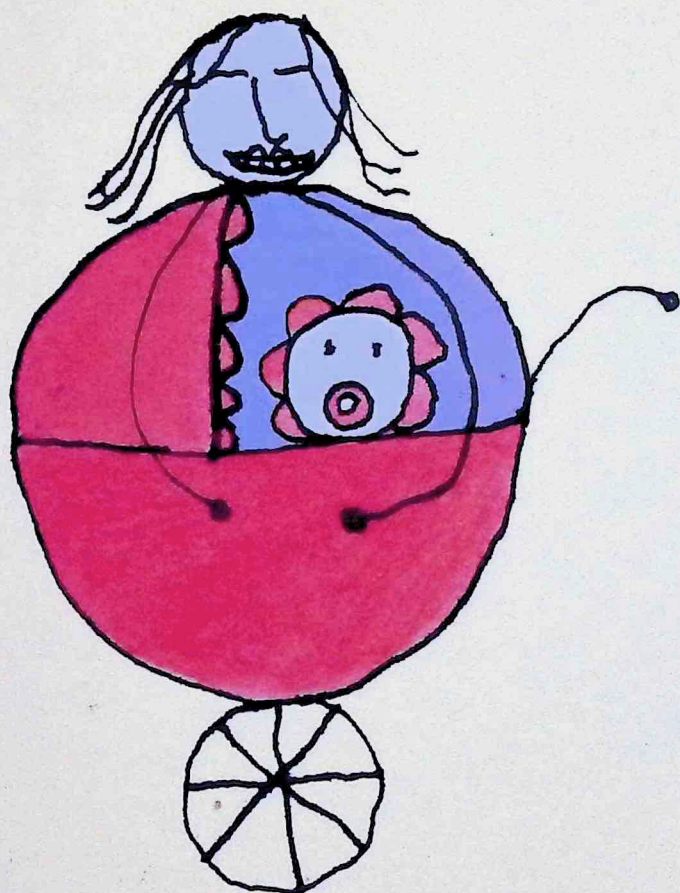


MARIE DARRIEUSSECQ

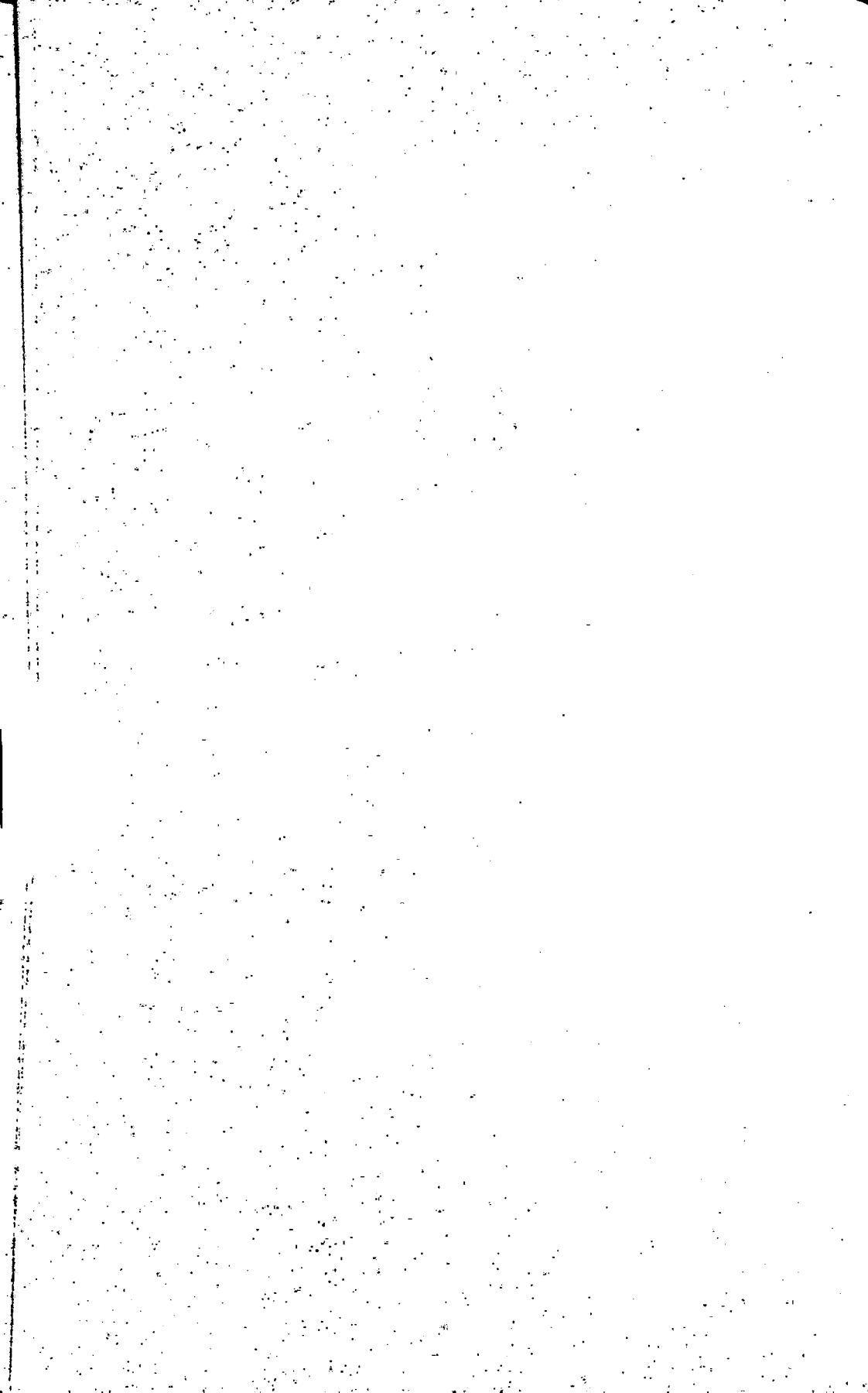
El bebé



ANAGRAMA
Panorama de narrativas



El bebé



Marie Darrieussecq

El bebé

Traducción de Joaquín Jordá



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Le Bébé

© P.O.L. éditeur

Paris, 2002

*Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección:

Julio Vivas

Ilustración de Arianne Faber

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2004

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 84-339-7047-X

Depósito Legal: B. 41642-2004

Printed in Spain

Liberduplex, S. L., Constitució, 19, 08014 Barcelona

Hazme hijos o moriré.

Génesis

Primer cuaderno

Primavera, verano

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

Esos piececitos que patalean me golpeaban la barriga.
No consigo creer que haya salido de mí.

Un día un mensajero llamó a mi puerta, yo tenía una barriga enorme, en el paquete estaba el bebé, y ya no tengo una barriga enorme.

La criatura humana: seguro que hay algo que buscar, que entender ahí.

Es una experiencia repetitiva y deslavazada, y cuando el bebé duerme la vida vuelve a empezar, pero cuando está despierto su vida es la que manda.

Extraños días del comienzo, de los que había oído hablar poco; tal vez porque se acompañan de una intimidad excluyente, el vínculo, la asfixia, la modorra, divididos por seis, más o menos, ni día ni noche, una o dos horas para dar de mamar, cambiar de pañales, que se vuelva a dormir, una o dos horas de sueño, y vuelta a empezar.

Dejé de desesperarme cuando entendí que ese tiempo sería breve, que no duraría toda la vida. Dejé de desesperarme cuando apareció una guardería, lo cogían en octu-

bre. El tiempo se reorganizaba alrededor de esa fecha: aquella en la que yo regresaría al mundo exterior. Entonces me sumergí en ese baño de leche, chapoteé, floté, me emborraché en esa época del bebé, porque más adelante volvería a pensar, a escribir, a vivir con los hombres.

*

Escribir cuando él duerme.

Mi mejor amiga, preñada, filosofando: «No existe el derecho a la guardería, por tanto las mujeres no tienen derecho al trabajo.»

Se agita mientras duerme, e inmediatamente me levanto, cuaderno abierto, y me doblo —ese gesto— como un sauce, como un remero: su presencia es sorprendente; es incomprensible.

Contemplamos nuestras fotos, de jóvenes parturientas, mi mejor amiga y yo: son las fotos de nuestras madres.

La cama de hospital, el cansancio en el rostro, la luz.
Es incomprensible.

*

No es que antes no me gustaran los bebés; es que no existían. No había ningún lazo, ninguna relación entre ellos y yo. Un niño, claro que algún día querría un niño. La palabra «bebé», ñoña y redundante, invalidaba todo lo que se refería a ella; el tema se me antojaba menor.

Ahora acepto que haya quien no se interese por él, por el bebé; pero esta indiferencia se me antoja afectada,

poco seria. Mi traductor alemán me telefoneó poco después del nacimiento del bebé. Había recibido felicitaciones —ositos, conejos, corazones y cintas— de diferentes países; mi traductor, por el contrario, pese a mis alusiones, sólo quería hablar de trabajo.

Se me antojó cómico, casi trastocado.

Gracias a esa obstinación de unos pocos se mantuvo, durante todo ese período, mi equilibrio mental.

Cuando se despierta, el bebé me impide escribir.

En la *Femme gelée*, Annie Ernaux escribe: «Durante dos años, en la flor de la edad, toda la libertad de mi vida se ha resumido en el suspense de una siesta de niño cada tarde.»

El bebé me impide fumar y beber porque mama de mi pecho.

Fumo y bebo a hurtadillas, como algunos alcohólicos.

Para prolongar unos minutos la escritura de esta página, le he colocado boca abajo: recupera un sueño profundo. En la actualidad, los médicos desaconsejan esa posición: favorece la «muerte súbita del lactante».

*

Antes, los bebés eran fundamentalmente unos cuerpos ruidosos, sucios, babosos, rara vez agradables a la vista. Yo prefería los bebés de los animales: gatitos, leoncitos y otros animalitos.

Cuando nació el bebé, comuniqué esta preferencia a quien se había convertido, extrañamente, en el padre del bebé. Me contradijo con tanta frialdad que cambié de inmediato de opinión: ahora, prefiero los bebés.

El bebé está sobre mis rodillas cuando veo en la tele los documentales de animales. Él observa cómo se mueven las luces.

¿Qué ve?

Se oyen tantas cosas sobre los bebés, que yo creí que el mío era autista porque no fijaba la mirada.

Mi mejor amiga creyó que el suyo era mongólico porque sacaba la lengua.

Un amigo que ha trabajado en el campo de Goma me dijo que allí la mortalidad de los bebés alcanza el sesenta por ciento.

El bebé me ha convertido en una sentimental; me ha devuelto al sentimentalismo. Me pregunto qué hacer con ese viejo vocabulario.

Decir lo nunca dicho: la escritura es ese proyecto. A medio camino entre decir y no decir, aparece el tópico, que enuncia, pese al desgaste, una porción de realidad. El bebé me conduce a una forma de amistad con los lugares comunes; hace que sienta curiosidad por ellos, me lleva a levantarlos como si fueran piedras para ver, debajo de ellas, correr las verdades.

Escucho el parloteo del hospital, a las puericultoras, a las restantes madres, mi propia educación, las frases de las revistas ilustradas, el ruido de fondo de la psicología: mi fibra maternal. Lo que suele llamarse el *instinto*, hecho de refranes y de proverbios, de testimonios y de consejos: el parloteo ancestral.

*

Los bebés de los demás no existían, ahora lo entiendo, porque el bebé sólo existe en la continuidad íntima, en el vínculo con nosotros, sus padres.

Nosotros le damos apodos, nombres íntimos, que nos alborozan pronunciar; llenos de abreviaturas, de rimas y de balbuceos, de sonidos pastosos, de leche.

Cuando está despierto, recién alimentado, limpio, sin atisbo de dolor y nos mira, ya es, con unas cuantas semanas, un crío. Pero después de mamar, tiene cara de niño de pecho: aplastada y enrojecida por la teta, embadurnada de baba y de leche, arrugada en la comisura de los labios, con los ojos cerrados como puños. Los pliegues de mi ropa marcan sus mejillas, la cremallera de mi chaleco dibuja un raíl a través de su cara. Se niega a abrir los ojos para hacer durar la plenitud; está mamando en el vacío, después se estira y su cuerpo se endurece, se arquea, transportable en una mano, y de repente tiene un aspecto tristán, despavorido.

Una vez le has atendido, y se ha dormido de nuevo, te queda todo el resto: la casa, las compras, la comida, poner la mesa, vaciar el lavavajillas, tender la colada, hacer la cama: no es él quien nos extenúa, es la intendencia perpetua.

*

Mi poder sobre él es sorprendente. Sería sencillo quitármelo de encima. Sueño que me lo olvido en el supermercado, en la playa. Recupero el cochecito, pero vacío. Echo a correr. Despierta, entre dos tomas, yo sé que eso es lo que ahora me está prohibido: la huida, desaparecer, largarme.

Él sueña que mama y saca en sueños la lengüecilla rosada, tan sana que parece transparente, labios rollizos y húmedos.

A veces le beso en la boca, como sin darme cuenta. Es algo que no consta en nuestra tradición familiar. Cuando lo lavo, lo froto, lo seco y después lo acaricio, de manera consciente me prohíbo besarle el sexo: a cambio, le besuqueo el vientre. Eso le sorprende. Todavía no se ríe, todavía no fija la mirada. Le pongo los pañales, me echo con él en la cama, le estrecho contra mi cuerpo, huelo sus cabellos; cabe en mi pecho de pies a cabeza. Su cabeza, becerrito, empuja en el hueco de mi cuello. Vientre contra vientre, calor contra calor, mi amor maternal es fundamentalmente pedófilo, atracción apasionada por su cuerpecito, necesidad de saciarme de él.

Cuando llora al despertarse y lo levanto en brazos —¡aúpa!—, lo salvo. Seis veces al día, al despertar, yo lo salvo. La mirada extraviada, un último hipo, jadea, gime, resopla; se calma. En mis brazos, encuentra el alivio absoluto.

Su aliento límpido contra mi rostro, su olor a bebé, a carne blanca alimentada con leche, surgido del sueño.

Cuando tiene hambre, no es más que eso, esa carencia; cuando está contento, se halla en un estado de alegría total, breve, previa a la inmediata frustración: desbordado, arrastrado por sus emociones.

*

Soy la madre de un chico; delante de mí, en la otra orilla: las madres de las chicas.

«Yo soy el que lo ha hecho», bromea, imitándome, el padre del bebé.

Sus testículos, hinchados de agua después del parto, me parecieron enormes. Dicen que la vulva de las niñas también está hinchada. Sobre la esfera del escroto, reposa el pene, minúsculo. Fragilidad conmovedora de ese pedacito de carne, que lo incluye en un sexo y lo aparta de otro. Más grueso en determinados momentos del día: no acabo de entenderlo. «Depende de la temperatura», me aclara el padre del bebé. Lo contemplo mientras cambia a su hijo: él le levanta tranquilamente el sexo, lo limpia con cuidado, explora los pliegues sin la menor brusquedad. Yo, en cambio, lo cubro vagamente con un trozo enorme de algodón. Así es, sin duda, como se perfila la identidad del bebé.

No tengo la sensación de que me necesite más que a su padre. Se consuela, o no, tanto en mis brazos como en los suyos. Mama tanto del biberón como de mis pechos. El espacio del padre existe, basta con ocuparlo, lo compruebo al verlos juntos. Que el bebé sólo necesite en los primeros meses a su madre me parece una teoría equívoca.

El alivio del bebé cuando por la tarde regresa su padre, cuando ya está hartado de mí.

*

Pocos elementos del mundo dan tanto de que hablar como el bebé.

Cuando no tiene hambre, ni calor, ni frío, cuando no está empapado ni escaldado, sus llantos son un enigma. Lo diferencian de una bestezuela: al igual que sus primeras sonrisas auténticas —cuando los ojos ríen junto con la boca—, sus llantos le hacen humano.

Entonces empiezan los comentarios:

Tiene fiebre.

Es el cambio de luna.

Tiene hambre.

Está demasiado abrigado.

Tiene frío.

Es bueno que los bebés lloren.

Nosotros te dejábamos llorar, pero ahora no lo haríamos.

Es bueno que se exprese.

No lo coja en brazos, todavía se pondría más nervioso.

Es la angustia del crepúsculo.

Es la angustia del segundo mes.

No le deje llorar: le dará la imagen de un mundo en el que las llamadas de auxilio carecen de respuesta.

La angustia es estructurante.

La angustia es patógena.

Tendrá el síndrome del abandono.

Será esquizofrénico.

El mío es un problema social.

El mío me encanta.

El chupete también es un buen desencadenador de frases.

La mitad de la gente que trato lo ve como un artefacto para tapar la boca a los niños, para impedirles que tomen la palabra. La otra mitad lo ve como una especie de mimo portátil, una medida humanitaria, y un descanso para los padres.

Una puericultora de cada dos es partidaria del chupete.

Cuando el bebé está mamando, yo soy un chupete gigante.

Chupador, tetina, tetilla.

A partir del momento en que se ha hablado de chupete, me ha venido una palabra a la mente, «chupador», antes no estaba en mi vocabulario. ¿De dónde sale?

El bebé sabe decir sí y no: rechaza el chupete con la lengua, o lo absorbe en la boca. Tanto la aceptación como el rechazo sólo dependen de él. Sobre el chupete ejerce su poder y su voluntad. El chupete inaugura su estructura neuronal: sí y no, 0 y 1.

El chupete funda el sistema binario. Inaugura la dialéctica.

*

Su primer paseo en cochecito tuvo lugar a principios del mes de junio, en el pueblo costero donde yo nací. El mar era de un rosa pálido, el cielo de encaje, el sol se ponía suavemente. De repente, el bebé se durmió. Yo me instalé en la única terraza abierta, bajo los porches del casino. Pude elegir una mesa al amparo del viento. El bebé se despertó. Es prodigioso que una criatura tan minúscula pueda hacer tanto ruido. Por primera vez después del parto, yo llevaba un vestido ceñido, me había maquillado, el pelo sujeto con las gafas de sol. Desde la mesa contigua, una señora se inclinó sobre el cochecito diciendo: «Pobre criatura.» Una camarera con mirada reprobadora me trajo una cerveza. Yo aplasté mi cigarrillo. Se paró un grupo de jubilados, las mujeres hablaban entre sí, insinuaban que tenía frío. Una familia de alemanes, la pareja

y cuatro hijas, abandonaron la terraza mirándome de reojo.

El bebé y yo nos escapamos. Me parecía estar raptándolo. A partir de ese día, al hablar de él y de mí, al pensar en él y en mí, empecé a decir «nosotros», enfrentándome al resto del mundo.

Otro día, en la farmacia, acababa de amamantarlo, todo iba bien, él se puso a llorar. Los clientes a mi alrededor, la farmacéutica en el centro: «¡Tiene hambre!» Yo acababa de comprar un bote de leche. Primero se imaginan, como si fuera verosímil, que le estás dejando morir de hambre.

Está gordo.

Está pálido.

Es menudo para su edad.

Bizquea.

¿Esa mancha de ahí se irá?

Tiene papada.

No tiene nariz.

Se le parece.

El bebé pone histéricas a muchas transeúntes. Lo tocan, lo valoran, preguntan su edad, su peso, su sexo, el parto, como si eso fuera no una indiscreción descomunal, sino un código social normal, una cortesía elemental, la que hace que nos sujeten la puerta o que nos digan hasta luego y gracias.

*

Niño de pecho, sus llantos son patéticos. No tiene caja torácica para sostener la nota, hace e-e-e-e-e. Es un

cabritillo que tiembla sobre sus patas, una jirafita desplomada. No se sabe qué tiene, qué dice. Tomado en brazos, su voz de leche cuajada le sacude como un cascabel.

Un poquito mayor, el bebé, ya no tiene hambre ni frío ni dolor, pero proclama a gritos que se aburre, que quiere salir, que quiere regresar, que vomita su dependencia, que nos odia. Le dejamos soltar espumarajos de rabia, embutido en su cuco, por pereza, por histeria, por sadismo.

Comprobar por enésima vez que el biberón no pierde, cuando ya está medio loco de hambre; enjabonarlo minuciosamente, cuando chilla; vaporizarlo con agua fría cuando menos se lo espera; reír cuando se exaspera; cambiarle de posición cuando está a punto de dormirse; limpiarle los mocos cuando se divierte; cambiar el tapón que le fascina por un aburrido sonajero nuevo; embutirle en unos pañales demasiado pequeños, porque hay que acabar el paquete; colocarle un gorrito ridículo.

Pero también: proteger sus ojos del sol con unas sabias rotaciones de la mano, instalar torres de pañales sobre su cochecito; ahuyentar a los mosquitos, prevenir la corriente de aire; acariciarle la frente murmurando nanas para alejar las pesadillas; hacerle reír inventando ruidos, muecas y bailes; dejar de fumar; hacerle oler las rosas; sumergirle en baños tibios cuando hace calor, en baños muy calientes cuando hace frío; frotarle con aceite de almendra dulce; prescindir del jarabe que detesta; acunarle hasta sentir calambres, dormirle en los brazos cuando nos pica la nariz; odiar a muerte al farmacéutico que se ha olvidado de pedir la leche que le conviene; sacar fuerzas de donde no las hay.

Él hace que aflore lo mejor y lo peor de nosotros.

*

Cuando estamos agotados es cuando él esboza su sonrisa, al cabo de un túnel de semanas, leche, eructo, pipí, caca. Sonríe en el último momento, para seducirnos, para que no nos desprendamos de él.

*

La mochila delantera es un sistema de transporte ventral que prolonga indefinidamente el embarazo. La primerísima salida del bebé se produce de ese modo, a un bulevar cerca de casa. Debajo de los castaños vive un vagabundo que conozco. Me ha felicitado estrechándome en sus brazos. Apenas doy la vuelta a la esquina, corro a mi casa, enjabono frenéticamente al bebé.

*

El bebé ve fantasmas. Sus ojos deambulan por el espacio, desconoce nuestras sonrisas, no oye nuestras llamadas: persigue en la casa el lento desplazamiento de los espectros.

Cuando crece, se nos acerca. Nos contesta, nos imita. Es tan menudo que, recién salido del limbo, puede volver a él. Lo recuerda. Titubea. Duerme mucho. Yo intento mirar hacia donde mira él, ver lo que él ve. ¿Un reflejo sobre la tele? ¿El balanceo del árbol en la ventana? Asustada, ante la idea de que prefiera las sombras a nosotros.

*

Su canción cuando intenta conciliar el sueño, su melodía gutural, su lamento, su fatiga; ver cómo se esfuma, los ojos entornados, tortolito.

*

Apartado del pecho, arrugado, baboso, si tardo en darle el otro, sus ojos bien dibujados no buscan los míos: miran de lado (un personaje de De La Tour describe de este modo al *Mentiroso*). Respira rápida y profundamente, moviendo las aletas de la nariz, asombrado de que se demore su satisfacción; gruñe, agita los pies; con tal impaciencia que se hunde en sí mismo, perdido en la espera; pasado un instante, un chispazo, piensa en llamar, se acuerda de que hay alguien ahí.

Lo deposito sobre mi vientre: intenta trepar, ojos entornados y boca abierta de par en par. Agita jadeante la cabeza. Olisquea, escudriña: un jabatillo en pos de una trufa. Succiona sin saber dónde trocitos de piel, dando involuntarios y sonoros besos. En el pezón hay una glándula cuyo olor sólo percibe el bebé. Recién nacido, ese olor le enloquecía. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Boquiabierto, balancea la cabeza, como afligido, a punto de desesperarse.

En los brazos —los míos o los de cualquier otra persona— se contorsiona en un movimiento de balancín. Y se nos abalanza, con el pico abierto, tamborileando como un pájaro carpintero.

La hebilla de mi chaleco, mi mano, su puño, la costura de mi vestido, el jersey de su padre, el borde de su cuna: lo chupa todo sistemáticamente, juega con

todas las opciones a su favor: ¿y si tropezara con una teta?

«Programado para la supervivencia», dice de él su padre.

*

En dos meses se ha convertido en un profesional del arte de chupar. Es su ciencia, su experiencia, lo que hace mejor que nosotros. Pezón o biberón, sabe establecer pausas, continuar, acelerar, jugar y mascar, o mantenerlo justo debajo de la encía, sin apretar, vigilante. Para hacer que lo suelte introduzco un dedo entre sus mandíbulas, igual que se obliga a un caballo a soltar el bocado.

Cuando abre la boca sobre mí, no tiene ni pizca de duda: soy suya. Según la teoría, *yo soy él*: él no diferencia su cuerpo del mío. Espero la guardería para enseñarle, precisamente, que eso no es así, para establecer la frontera entre nosotros.

*

Me gusta manosearle las nalgas, encima del enorme bulto de los pañales. Un sonido de papel arrugado, un contacto de juguete.

De todos los juguetes que se le han regalado, prefiere un payaso espantoso. Le chupa ávidamente la nariz.

Hacemos a ese respecto unas bromas obscenas que nos encantan, en un océano de objetos tontorrones.

*

Unos amigos nos cuentan que su bebé de cinco meses sabe beber solo, pero equivoca el tiro: coloca mal la boca y se golpea la nariz con la tetina; en lugar de rectificar, alza la barbilla.

Es la historia más divertida que jamás he oído. Me hace reír a solas, en cualquier momento.

*

Durante estos dos primeros meses sólo he estado en el mundõ a medias, entendiendo sólo a medias lo que me decían, viendo sólo a medias a la gente, mal leyendo los libros. La mitad de mi cerebro estaba con él: ¿estaba desahogado, respiraba bien, le había oído gemir? Por mucho que advirtiera a mis interlocutores, no parecían tomarme en serio: una pose de adolescente, una coquetería de escritor.

Era una forma de locura. Vivía en contacto permanente con otro mundo, como una extraterrestre que escucha incesantemente, en su caja craneana, los ecos de su planeta originario. Estaba dotada de ubicuidad, de supra-sensibilidad.

*

Acuesto al bebé boca abajo sobre mis rodillas, le hago callar dándole a chupar el dedo. Con la mano derecha, que permanece libre, puedo escribir.

*

En una casa que domina el mar, dejo al bebé en buenas manos y me voy a nadar.

Es un paisaje muy plano: en pocas brazadas, la casa, con forma de pirámide, parece surgir del agua.

Floto. Debajo del cielo, sólo queda esa pirámide, en la que está mi bebé. Y la separación, aire, agua, mar, cemento, provoca tal sensación de vacío, de una geometría tan cortante, que necesitaría sumergirme en el fondo del mar, bajo la pirámide, para recuperar el paso entre su cuerpo y el mío.

No dejarse llevar por el pánico. No salir corriendo para reunirse con él. Nadar.

*

No consigo imaginar nada: tengo constantemente al bebé bajo la mirada.

Manejo de situaciones. Verbos. Descripciones. Densidades. Inadecuaciones de determinados sinónimos, de determinadas imágenes. Me resultaría desagradable engañar a mi hijo con frases superfluas.

Una escritura estructurada por su propia presión, los tópicos encuentran su eco, las llamadas del bebé estructuran sus páginas, de asterisco en asterisco.

*

De la ineptitud de los abuelos para comprar el paquete adecuado de pañales. El bebé pesa cinco kilos. Según las marcas, los pañales están clasificados de 2 a 5, de 4 a 9, de 7 a 18. Cada marca tiene su código, según la edad, la estatura, por no decir el sexo. Los abuelos, todos ellos cortos de vista, son fisiológicamente incapaces de descifrar la mención del peso, la única necesaria, escrita en letras diminutas a un lado del paquete.

*

Al pie de una escalera, yo sola, con el cochecito y el bebé.

Tropezar con los coches aparcados en la acera, quedar aprisionada entre las puertas del autobús, atascada en la boca de una alcantarilla, entre la multitud que va en sentido contrario. Ni considerar la posibilidad de tomar el metro.

La humillación y la rabia.

Atar las manos de mis enemigos a un cochecito; las de los alcaldes de las grandes ciudades; las de los diseñadores de los transportes urbanos.

Está prohibido subir a un autobús parisino con un cochecito de niños; doblado, se tolera entre las nueve de la mañana y las cuatro de la tarde. Así que hay que sujetar al bebé con una mano, el artefacto con la otra, y mantener el equilibrio con la tercera.

*

Esta noche, 23 de julio, ha dormido de un tirón, de las once de la noche a las siete de la mañana, por primera vez.

Cuando protestaba a las cuatro de la madrugada, lo pesado no era tanto despertarse con él como esperar, a veces, que volviera a dormirse; sus ojos abiertos de par en par como los de un búho.

Me gustaba instalarme en la tumbona con él, y contemplarle mientras mamaba, semidormida; en el tibio algodón de esas noches de mayo, lluviosas, las ventanas entreabiertas sobre la calle desierta; el chirrido de unos

neumáticos a veces, el resplandor de unos faros; y la luz que blanqueaba (gris, perla, pálida) a medida que el biberón se vaciaba.

Ya es un recuerdo.

*

Cuando nació quería volver a quedarme embarazada inmediatamente.

Quería repetirlo de nuevo, a él, el mismo. Yo quería tenerlo repetido, dos veces, tres, coleccionar sus clones, parirlos en un presente eterno.

*

Nuestra cámara de fotos digital, comprada cuando nació, permite hacer peliculitas mudas, aproximadamente de un minuto de duración: unas instantáneas para la nostalgia.

Conecto el ordenador, pulso un icono con forma de bobina: se desarrolla, ya sobrecogedora, la escena del biberón de la víspera. Soy una «joven mamá»; nuestro pequeño apartamento, en el desmañado encuadre, es el decorado de esta vida conmovedora, silenciosa y un poco jadeante, aquella en la que, en los años 2000, yo llevaba pantalones pirata y unas babuchas, en la que mi rostro era liso, en la que el bebé era el bebé.

Este aparato consigue filmar el pasado; filma incluso el pasado, en una ausencia de sonido que lo tiñe de sepia (imaginamos oír el arrastre de la bobina).

Veó a mi hijo, adulto, contemplando estas imágenes.

Esta osificación del día en el pasado, nuestra vida pasada de moda; desgarradora superchería.

*

Estos últimos diez días se ha despertado a eso de las seis de la mañana. Lo acostamos en nuestra cama. Le doy el pecho. La luz es deslumbrante, julio. De la panadería sube el aroma de la hornada. Los sauces del patio se deshacen en un susurro, el día ya abrasa.

Yo estoy acostada de lado, con las puntas de los senos mirando al bebé. Él se sirve, acurrucado en mi brazo.

Chasquidos de lengua, rumores líquidos, hilillos de saliva sobre la almohada. Debajo de la sábana, la madrugada; tres mamíferos.

A veces habla con la boca llena, protesta, canta, sacude la cabeza como un cachorro que se divierte; ¡yo grito! A veces gime voluptuosamente, su mirada bascula bajo sus pestañas.

A veces me despierto ligeramente y veo que él se ha solrado, yace de espaldas, los ojos abiertos; mira, sueña; sólo se le mueven los iris.

Esta mañana, a las nueve pasadas, me despierto sobresaltada: él sigue durmiendo, no ha llamado.

Me inclino sobre su cuna, sonrío en sueños.

*

Guiña un ojo, ladea la cabeza, acerca el puño a mi nariz, tuerce el busto, dobla una pierna, abre en silencio la boca: su manera de soltar una carcajada.

*

Era un amor del que yo no tenía, literalmente, ni idea.

Lo había oído contar, lo descubría a veces a mi alrededor, me lo imaginaba y era capaz de concebirlo —habría podido escribirlo—, pero no sabía que me concerniría.

Me repugnaba un poco, por la misoginia adquirida, por reflejo crítico, por obsesión; porque la manera de tratarlo es casi siempre repugnante; porque ante un adulto que dice «mamá» me entran ganas de reír y de largarme.

Cuando el bebé nació, la estupefacción y el amor se confundían. Lo amaba y lo admiraba por estar ahí: por haber surgido de manera tan incongruente, tan insolente. Me era difícil creer que los restantes bebés hacen lo mismo.

Nació mucho antes de lo previsto e inmediatamente aullaba, viscoso, ensangrentado, hirsuto: escandaloso. Todo el hospital se movilizaba contra esta provocación, ingeniándose las para lavarlo, tranquilizarlo, encajarlo en su incubadora. Acto seguido él montaba la revolución, organizaba el follón.

¿Cómo escribir para el teatro sin confiar en expresar esa presencia, esa aparición tan teatral?

En la sala de partos, éramos cuatro: el padre del bebé, el tocólogo, la enfermera y yo. De repente, somos cinco.

Estar en el centro del remolino, donde el espacio y el tiempo se conjugan y se abren: mi sexo es esa brecha y yo no lo sabía.

Mis desplazamientos me llevan a veces bajo las ventanas de cristal esmerilado de las salas de parto. No veo a las parturientas ni al personal médico de rosa y verde, como en mi recuerdo, sino —capturadas allí— anchas espirales blancas, en cuyo centro surgen los bebés.

Eso me parece más verosímil, satisface mejor mi mente, que lo que en realidad ha ocurrido.

Lo que ha ocurrido realmente sigue resultándome incomprensible.

*

De todas las soluciones posibles para que la vida aparezca, se ha elegido la más insensata. Que los bebés surjan del sexo de las mujeres, todo se organiza para que ese delirio se omita, para que se olvide y lo contenga, eso es una evidencia.

Cuando nació era tan menudo, tan realmente frágil, que eran mis ojos, supersticiosos, los que hacían subir y bajar su torso.

Se lo llevaron de la sala de partos y le pedí al padre que no dejara de mirarle, que estuviera absolutamente seguro de que era él.

Mirarle sin cesar era como tocarlo, era conseguir que siguiera respirando con nosotros.

Lo amé de inmediato: no se trata de una fórmula, habría podido ocurrir de otra manera. No estaba segura de que fuera mío. Lo adopté: me gustaba.

Era exageradamente seductor.

¿Cómo era posible que hubiera salido de mí? La epidural hace que los padres estén más seguros que las madres: ellos pueden ver.

Y el amor aumenta día tras día. Es increíble, inesperado.

Los tópicos recuperan para mí su sentido, las fórmulas, sí, ya que *yo daría mi vida por él*, sin metáforas.

Es la primera vez que esta frase es verdadera, que entiendo su verdad: la primera vez que es mía.

El bebé está rodeado de discursos tan densos como los pañales, es, pues, el objeto más diminuto posible para la literatura. Abandonado a las mujeres, por tanto —«baby» es su apodo—, las que verdaderamente pretenden escribir se mantienen a una prudente distancia.

«*Bebé*», decían los publicistas, algunas puericultoras, los psicólogos de las revistas, los manuales para padres: «¿Y cómo sigue bebé? ¿Bebé ha comido bien? ¿Y mamá, no está demasiado cansada?» La ausencia de artículo es, al igual que algunos tuteos, un chantaje a la intimidad y un menosprecio del pensamiento. La ropita de bebé está infestada de conejos, gatos, patos y perritos, un zoo infantil para la utilización exclusiva de los padres (el interés del bebé por sus trapitos se resume en babas o vómito). Ir más allá en la demostración me parece superfluo: ya conocemos el truco, que convierte al adulto en niño inofensivo, sexualmente neutro y consumidor. La resistencia comienza con el mantenimiento del artículo: *el* bebé.

Me gusta vivir rodeada de animales imaginarios, llenan mi casa y el bebé participa de ese zoo, lleva a veces su nombre: pero como el animal humano de la fábula.

Yo escribo para definir, para describir unos conjuntos, para desvelar los vínculos: es matemático. Escribo para renovar la lengua, para bruñir las palabras de la misma manera que se frota el cobre; *el bebé, la madre*: escuchar un sonido más claro.

No es el nacimiento del bebé lo que desencadena estas páginas, es la existencia de otros libros y de otras frases, frases hechas u ocurrentes. A veces los problemas

que plantean son tan justos que la adrenalina estalla en mi pecho, un deseo de escribir tan violento y nuevo como infantil, cuando yo creía que eso no estaba permitido.

«(...) creo que no pensamos suficientemente en lo que es un bebé, en lo que significa ser un bebé. Nadie lo hace. Es un auténtico drama. Quiero decir que un bebé no es ni hombre ni mujer, un bebé cierra el puño, un bebé abre las piernas, un bebé es un agujero, un bebé es una plenitud (...)»

Tropiezo con estas líneas de Guillaume Dustan, sobre el tema del género, en *Génie divin*.

Mi misión es de interés público.

*

Supongo que el bebé, esponja de información, percibe el más mínimo titubeo, frustración, deseo, timidez, el más mínimo impulso, sobresalto, alejamiento, la más mínima retención: el deseo que adquiere forma en torno a él. Y en este deseo él se esboza, sexuado por la relación. ¿A qué «género» pertenecía *l'enfant sauvage*? ¿Era lobo, o loba, lobezno, chico, chica? El bebé no tardará en tener conciencia de que es un chiquillo, las personas con las que se tropieza se lo dicen: «Qué chico tan guapo», «¿Es un niño o una niña?». Nosotros le decimos que es un pollito, un gatito-ito-ito, un gorriñcito-cito-cito. Confío en que sepa elegir.

Mi padre: «Ya verás cuando te traiga una chica que no te guste.» «O un chico», digo yo. Horror del abuelo.

He visto niñas de tres meses con vestiditos: los pliegues se levantan sobre el pañal, les pican, las inmovilizan, las piernas siempre están al aire y ya les ponen panties.

Para la ropa de mi hijo, el rosa se le antoja incongruente al padre del bebé.

Tener una niña me habría parecido, como primogénito, menos extraño, menos maravilloso sin duda; a la vez más fácil y más delicado. La habría sacado de quicio empeñándome con todas mis fuerzas en enseñarle el respeto por su sexo.

*

El bebé no es el niño. Por mucho que disguste a los hinchas de las etimologías —*infans*, «el que no habla»—, el niño empieza con sus primeras palabras. El bebé, en cambio, para hacerse entender despliega tantas energías que acaba por llorar.

El bebé llora, sobre todo, por el hecho de ser un bebé. Por su dependencia, por la necesidad de ofrecerse como espectáculo esperando que le comprendan. Para satisfacer el deseo legítimo de visitar el lugar donde vive, el bebé tiene que armarse de paciencia hasta que le cojan en brazos; al albur de los desplazamientos, trecho a trecho, se ve obligado a juntar las piezas de todos los puzzles. ¿Y cómo dar a entender, entonces, encaramado sobre un hombro, que conviene frenar o avivar el paso, girar a derecha o a izquierda, acercarse a determinado objeto? El bebé es más paciente de lo que creemos.

Montaigne (II-12): «Nuestro llanto es común a la mayoría de los demás animales; y apenas existe alguno al que no se le vea quejarse y gemir mucho después de su naci-

miento: dado que es un comportamiento muy adecuado a la debilidad en que se sienten.»

Me pregunto si entiende que un día dejará de ser bebé; ¿cuándo comienza el proceso de «crecer»?

*

Un bebé de tres meses murió ayer en un atentado.

Un bebé de tres meses. Ahora entiendo lo que eso significa.

Y la crónica de sucesos —ese padre que ha perdido a todos sus hijos en un accidente de coche— me afecta más íntimamente que antes, me guste o no.

Dejo estas frases en desorden y tal cual salen, como síntomas. ¿Qué es una madre?

He recuperado un gesto de la infancia: me toco el centro de la frente para conjurar la mala suerte, del mismo modo que se toca madera. Dos, tres, cuatro veces al día.

Antes, la idea de morir me fastidiaba porque tengo unos libros que escribir.

Ahora, me exasperaría dejarle solo sin conocerle mejor.

(Estas dos visiones de la muerte no se oponen: se suman.)

*

Ahora, cuando veo en la televisión a una mujer sosteniendo en sus brazos a un bebé por las carreteras de un

país en guerra, me pregunto si ha podido alimentarle, si ha podido cambiarle de ropa; sé que ella piensa en eso; me doy cuenta por primera vez del intenso estrés que sufre. Tener que abandonar la casa, con el bebé que llora, que pronto llorará de hambre. Que no tendrá ningún lugar para estar tranquila. Que enfermará. Tener que ser la casa del bebé, sin recursos, sin magia.

*

Leo una traducción de *Beloved*. Una muchacha se aparece a su madre, que la mató, de bebé, antes que verla esclava. Sin duda, para Toni Morrison es fundamentalmente un libro sobre la condición de los negros americanos. Pero también me topo con unas frases que nunca había leído antes:

«Nadie sabía que ella nunca llegaría a hacer su eructo si la sujetaban contra el hombro, sólo si estaba acostada sobre mis rodillas.» «Le dije que empapara un trapo con agua azucarada y se lo hiciera chupar para que no me hubiera olvidado cuando yo llegara.» «¿Con quién hablar para saber cuándo tocaba masticar alguna cosilla y poder dársela? ¿Eso es lo que hace salir los dientes, o bien hay que esperar a que los dientes salgan y después darle de comer algo sólido?»

Evidentemente, no existe una escritura femenina; existen quizá temas femeninos. Por otra parte, hay algunos hombres que saben tratarlos:

«Cissy limpiaba su boquita con el babero y quería que él se sentara bien y dijera pa pa pa, pero cuando ella desató la faja gritó bendito Jesús, que estaba hecho una sopa y que había que dar vuelta la media frazada del otro lado debajo de él. Naturalmente su majestad infantil hizo mu-

cho estrépito ante tales formalidades de toilet y consiguió que todo el mundo se enterara de lo que pasaba.

»—Habaa baaaaba baaa baaa.»

El bebé tal como lo descubro, perfecto, en *Ulises* de Joyce.

En la *Sonata a Kreutzer*, ese antipático personaje llamado Tolstói recuperará el tema en su nombre, y a través de una carta: las campesinas son sabias porque acogen la vida y la muerte de su hijo bajo el mismo signo de fatalidad, y las aristócratas, absolutamente dementes por lamentarse cuando pierden uno.

«Los aullidos de la mujer que pare», escribe en algún lugar Rilke.

No existen bebés en Nathalie Sarraute, no son tema suyo; tampoco aparecen en Virginia Woolf. No recuerdo qué periodista se escandalizaba, en la muerte de Duras, de que su hijo nunca hubiera ocupado un lugar en sus libros, como si una madre tuviera necesariamente... La estupidez es una larga fatiga.

Una frase de *Los caballitos de Tarquinia* me impresionó cuando tenía dieciocho o diecinueve años, a punto de inaugurar mi deseo de hijo: «Desde el minuto en que nació vivo en la locura.»

Yo deseaba esa locura. No es que la echara en falta: me daba *envidia*; como algo material que no poseyera. Uno de esos palacetes llamados *folies*, un lugar fantástico en el que vivir, aislado, mágico, inquietante, con habitaciones laberínticas y ventanas altaneras; la maternidad: una mansión sobre el mar en Biarritz.

*

«(Bloom, inclinándose, golpea suavemente al bebé Boardman en el estómago.)

BEBÉ BOARDMAN (*Hipando suelta por la boca la leche cuajada*):

»—Ajojojo.»

La muerte de su hijo Rudy acompaña a Bloom en cada línea de *Ulises*, como un fantasma. «Sobre el fondo oscuro de la muralla, una forma se hace lentamente visible...»

Lo que Occidente no soporta es que los niños sean mortales. Es el colmo del escándalo.

*

Una amiga, madre de dos niños: «Yo no puedo escribir porque soy incapaz de hacer morir a los niños.»

En *Cementerio de los animales*, de Stephen King, hay una escena final extraordinaria, en la que el hijo de cuatro años regresa del otro mundo para matar a su madre, que le abre los brazos. No puede dejar de abrirle los brazos, ni siquiera al ver la navaja que lleva, el clásico rictus... Una pesadilla impecable.

Un escritor inglés que apenas conozco: «Los niños absorben todo mi sentimiento, desde que nació mi hija ya no puedo escribir.»

Actualmente mataré a todos los bebés que haga falta en mis textos, pero siempre tocando madera. No es el

tabú lo que me preocupa, es la repetición, la maldición, todo lo que hace creer neuróticamente en la sombra que la escritura aporta a la vida.

Escribir sin superstición: alejar de uno mismo los fantasmas.

*

Entre las estatuas yacentes de la basílica de Saint-Denis, dos niños: una princesa anónima que parece tener cinco o seis años, y un bebé de cinco días, Juan I, asesinado sin duda por su tío, el regente.

La princesa es un largo cilindro de mármol, veteada de pliegues bajo un cinturón: la princesita comienza a partir de allí, dos brazos delicados cruzados sobre el pecho, y una cabeza redonda, ojos abiertos, labios rígidos, cabellos trenzados bajo la corona, en ese hechizo del mármol que consigue que todo, ropa, ojos, labios y corona, esté invadido por un mismo sueño blanco. En la basílica se flota entre los cuerpos yacentes: de visita al Bosque Durmiente. La Princesa está sola en una esquina de la nave, una barca bloqueada por la crecida; los otros están amontonados, Juan I está en familia. Tiene los ojos de cristal azul.

Curiosamente, en el kiosco de postales, la Princesa adopta el nombre de su primo asesinado, como si de ese modo los cuerpecillos se confundieran, un niño universal muerto.

*

Mi madre nació durante la guerra, después de un primer bebé muerto. Era alérgica a la leche; la alimentaban

con los escasos zumos de naranja que un tío suyo les enviaba desde las colonias. «Esta criatura no vivirá», había dicho a mi abuela una buena mujer con la que se había tropezado en el muelle.

*

La leche espesa que utilizamos baja por el biberón formando unos alveolos. Al término de la comida el biberón está lleno de una especie de colmena, muy fina, de burbujas de leche.

«El alveolo es la forma más sólida en su estado natural», me cuenta el padre del bebé.

De la importancia de saber elegir al otro progenitor para el propio hijo.

Que el bebé se alimente exclusivamente de leche me sigue llenando de asombro. De modo que la leche es el alimento milagro, la jalea real del ser humano. Produce el cerebro, los músculos, la piel. El bebé está hecho de leche, de moléculas de leche amontonadas; una carne blanca, como la del ternero o el cochinillo.

El bebé es rentable, considera el padre del bebé. Siete kilos de leche en polvo han producido, sin considerar la lactancia, cuatro kilos de bebé: escasas pérdidas.

Referido a una dimensión adulta, sería necesario engullir, al día y exclusivamente, de ocho a nueve litros de leche.

*

Agosto, en la casa rodeada de árboles: nos despierta varias veces cada noche, cuerpo arqueado, fuera de sí. Du-

rante el día es infecto, llorón, chillón; gruñón incluso en sus siestas; lo calma una única actividad: encaramado sobre nuestro hombro, ojos abiertos de par en par, exige que se le muestre el mundo. Así pues, caminamos durante horas bajo el yugo de un niño que se estira hacia las hojas. Le mostramos los árboles, las rosas, las sillas de plástico, el aparador, el refrigerador, hasta el agotamiento; y el padre del bebé y yo discutimos, acusándonos mutuamente de esa fatiga.

Incansablemente, el bebé pasa de un objeto del mundo a otro. Nosotros obedecemos a su velocidad de pensamiento, nos doblegamos al ritmo de su curiosidad. Está sentado encima de nosotros, grita, nos separa.

Nos sentimos culpables. Desde que nació le transportamos por todo el país, duerme en cualquier parte, nada le asusta. Desde que nació esperamos este momento debajo de los árboles, el reposo, el río, los paseos en bicicleta.

El río está demasiado frío para bañarse en él. No es posible llevarle en bicicleta, ahora nos damos cuenta. Y es difícil leer tranquila bajo los árboles con el bebé, que ha decidido hacernos pagar los ochocientos kilómetros de autópista y el guirigay de los meses anteriores.

*

De abuelos a abuelos, de tías a amigos, en este momento el bebé sonríe a todo el mundo, salvo a mí. Se agarra a mi ropa como el koala a su eucaliptus, abre la boca con un aire ausente y busca la teta.

«Él ya sabe que tú estás seducida», dice el padre del bebé.

El amor negligente que siento por mi madre, esas lla-

madras dispersas ya que ella contesta siempre, ya que ella es inmortal, ¿eso es lo que prepara mi hijo?

«Con la salvedad de que es un hijo», dice el padre del bebé.

*

El bebé ya lleva cuatro meses en mi vida y no me acostumbro a que tenga nombre, a llamarle por ese nombre, pese a ser de los más clásicos. Algunas veces, inclinada sobre él, sorprendo en mis labios el nombre —uno de los apodos— que me daba mi madre cuando yo era niña.

*

Sistemáticamente, al ver a una persona de nuestro entorno, el bebé se echa a llorar con una especie de arrebató, lo que nos incomoda a todos.

En la casa donde pasamos las vacaciones, yo escribo en el jardín. El bebé duerme en una habitación silenciosa, fresca, al amparo de los gatos y de las corrientes de aire. Nos separan varias puertas. Sin embargo, yo percibo su despertar. Me levanto: acaba de abrir los ojos. Juega con sus manos, canta, todavía no llora. ¿Tengo un nuevo reloj latiendo en mi cerebro? ¿Me ha nacido sin saberlo un sexto sentido capaz de percibir, sin que yo las aceche, sus alteraciones en el fondo de la casa? Como si el rumor de los árboles, de los pájaros, del viento, estuviera acompañado de una frecuencia íntima, de otra manera de escuchar.

Sonríe en sueños, o bien hace muecas como si fuera a llorar: sueña. Una puerta que retumba no le despierta, pero cuando doy la vuelta a una página él se sobresalta. Alguien despega un velcro en la habitación contigua y suenan llantos de pánico. Puccini le aterroriza. Björk le deja indiferente. Ante el estruendo de la batidora, apenas mueve una ceja.

Maravilla de sus manos miniaturas.

Sus párpados son azulados, traslúcidos, veteados de rosa oscuro. El ojo se vislumbra por debajo, la sombra del iris.

Con la mayor seriedad, ronca.

Su boca es minúscula, húmeda, está entreabierta.

En el lado izquierdo de la frente unas venas azuladas dibujan una «A». Muy clara en la incubadora, la letra se difumina ahora.

Se ha arañado la nariz con la uña, una enorme «Z» colorada.

De perfil, la curva de su mejilla es la simetría exacta de su frente; y en el centro, las pestañas.

La piel de los blancos no es blanca, todos podemos verlo. Sin embargo, cuando yo miro al bebé lo que me viene a la cabeza es el color blanco: lirio, jazmín, horchata, leche; una tetera de porcelana traída de China por un antepasado, tan redonda, tan fina, que la mano se transparenta.

*

Embarazada en el hospital en una habitación blanca, no estás enferma, no sufres, el pasillo zumba: te convences de que se han olvidado de ti.

Llevaba días sin sentir moverse al bebé. Me decían que no me preocupara, vigilaban su corazón. Pasaba el tiempo.

Un día, al final, pulsé una y otra vez la alarma, colgada del cordón de llamada. En el barullo del hospital una enfermera se molestó en secarme las lágrimas. El corazón del bebé latía, tatum tatum, fiel a la llamada.

*

Cuando era muy pequeño, prematuro, boca abajo en la incubadora, sólo lo veía de perfil: una mejilla aplastada contra el colchón, un trozo de nariz, un ojo cerrado, un cráneo cubierto de pelusa.

La segunda o la tercera noche, yo no dormía, salí a los pasillos. Me crucé con una joven que llevaba a su bebé en brazos. Una enfermera la reñía: podía marearse, arrastrarlo en su caída. Yo flotaba, los brazos vacíos, la cabeza seguía dándome vueltas por el parto. En el piso de abajo, Unidad Pediátrica, me puse la blusa esterilizada y las fundas de los zapatos. Las lucecitas de los aparatos parpadeaban tranquilamente; un universo azulado y silencioso, casi muelle, sin drama. La mayoría de las incubadoras estaban tapadas con una tela, como se hace de noche con los canarios. En un box aislado, un recién nacido cubierto únicamente con el pañal dormía con unas gafitas protectoras, bajo los *sun-lights* azul intenso de una fototerapia. Y bajo una lamparilla otro bebé era alimentado con una jeringuilla por una puericultora.

Me acerqué, convencida de que mi bebé estaba allí:

era rubio y muy menudo, con el rostro menudo de los prematuros, grandes ojos redondos; pero cuanto más lo contemplaba más lejano me parecía, extranjero, objetivo: un bebé de cara, un bebé perfecto, un concepto de bebé. El pánico me llevaba a preguntarme si era o no el mío, el pánico y la vergüenza: ¿de qué dependía, de otro punto de vista? ¿De otro nombre, de otro parto? Pregunté cómo se llamaba aquel bebé: «Secreto profesional», me contestó la puericultora.

*

—¿Y qué ha hecho usted para que este niño sea tan prematuro?

En nombre de la toxina a la que, feto yo misma, estuve sometida, y que al cabo de treinta años sigue produciendo semejantes efectos, la comadrona, al corriente, se compadeció: como si yo tuviera, ah, un buen motivo para ser tan mala madre.

Más adelante me descubre escribiendo: «Eso impedirá que te suba la leche.»

*

Estoy alquilando unas Ki-Têt eléctricas, fabricadas en Saint-Étienne en los años setenta, y utilizables para 110 o 220 voltios. Las lleno con mi leche para el bebé, se la inyectan con una sonda gástrica.

Cuatro meses después, el padre del bebé y yo todavía recordamos el ruido de la bomba y del motor, brum-schlac, que ha marcado esas largas semanas.

Me parece un milagro que la leche perlee en mis se-

nos, así que es verdad lo que se cuenta, y el bebé existe, allí, abajo, en su incubadora: esta leche es la prueba. Con infinitas precauciones consigo extraer dos centilitros del precioso líquido, el calostro de los primeros días, anaranjado, espeso, lleno de anticuerpos. «Para esto no valía la pena», dice la enfermera arrojándolo por el fregadero.

No duerme bastante.
No bebe bastante.
Piensa demasiado en su trabajo.
Coma hinojo.
Beba cerveza sin alcohol.
Tome levadura, comino, leche.
Lleve un sujetador de lactancia.
No lo lleve.
La leche es algo psicológico.
Todas las madres tienen leche.
Mi madre no tenía.

Yo tenía la impresión de que el problema de la incubadora, y la dificultad del bebé para mamar, se limitaban a convertir el asunto en algo un poco técnico. Más adelante, entre otros montones de palabras, me tropecé con las instrucciones de la OMS, que preconizaba no separar a la madre del niño, colocarlo inmediatamente en el seno y no utilizar jamás el extractor de leche.

Una monja asoma la cabeza por la puerta y me pregunta, toca almidonada, si necesito ayuda psicológica.

En la planta de maternidad yo era la única que no tenía al bebé en la habitación. Estoy segura de que las mujeres de la limpieza sospechaban que lo había arrojado por

la ventana, o que estaba allí como en un hotel. Pegué su foto en la pared. Cuando trabajaba en lugar de estar a su lado, ellas abrían la puerta y la ventana de mi habitación, «para ventilar», y no se movían de allí. «Nada de naranjas mientras se está dando el pecho», comentaban mirando en mi basura.

También se escribe a base de rumiar, de la misma manera que se encuentra, días después, la respuesta a una ofensa.

*

¿Qué ve? La alternancia de la sombra y de la luz. Unos colores cuyo nombre ignora. Nuestro rostro (la mancha de los ojos, de la boca). Líneas, formas, tal vez relieves. Estira la mano, prueba la profundidad. ¿Qué puede saber de todo eso?

Se descubre las manos y las acompaña hasta sus ojos, bum.

De adolescente, exploré varias versiones del mundo; una simple dosis de droga bastaba para alterar las certidumbres, respecto a los colores y el encadenamiento del tiempo, respecto a la vertical y la horizontal, respecto a los sonidos y los sabores, el contacto y la gravedad. Me gusta imaginar, recuperando esos recuerdos, la novedad insensata de la experiencia del bebé.

Algunos programas para niños muy pequeños, radiantes y coloreados, hablan, según parece, de unos viajes psicodélicos, y gustan a los aficionados al ácido.

Acostado en su cochecito, de cara a los árboles, contempla, durante una hora, el balanceo de las hojas, la luz en el viento.

*

Desde hace algún tiempo, todas las tardes al acostarse, el bebé llora, inconsolable. Le dejamos en su cuna y cerramos la puerta.

Es la hora del vino blanco y de las aceitunas, del sol oblicuo, de la felicidad de estar entre adultos, bajo los pinos.

*

Para atrapar un objeto él mira por encima, estira la mano a tientas, palpa más que observa, como si lo que se encuentra al borde de su campo de visión fuera precisamente lo que él busca, lo que se esconde.

*

Cuando caga, se pone colorado, aprieta los puños, lanza unos «niii» tan escatológicos que nos partimos de risa. Después, de repente, se encierra en sí mismo, parece reflexionar.

*

Una picadura de mosquito le ha puesto una nariz de payaso.

*

Lo mecemos, lo mecemos y no paramos de mecerlo. El padre del bebé imagina un motor de propulsión sobre un brazo de palanca, para fijarlo sobre la cuna.

Al cabo de unos cuantos meses, nuestras reglas alcanzan cierta sencillez: si a uno de los dos los llantos del bebé le ponen de mal humor, lo cogemos en brazos sin darle más vueltas.

*

«Areuh»,¹ la onomatopeya clásica, es la palabra que el bebé prefiere decir casi siempre. La *r* es muy clara, con la vibración francesa. ¿Y en España, en Inglaterra? ¿En China, en Arabia? ¿Cómo hablan los bebés?

Entiende unas cuantas palabras; *mamar*, *biberón*, *buenos días*: el alimento y el contacto. Desde el útero, lo envuelven las palabras (voz maternal, ecos del padre); después, a su alrededor, se habla, se canta, se comenta; no cabe duda de que las palabras no tardan en diferenciarse entre sí, riman y se contestan. Si los músculos de la boca maduraran antes, se coordinaran antes (como los de la mano), ¿el bebé hablaría antes? Me pregunto qué diría.

«Quiero ir a ver los pajaritos» fue la frase compleja, precisa y concreta que pronunció el hijo de unos amigos nuestros, hasta entonces mudo.

*

1. Palabra que pronunciada en francés suena prácticamente como el «ajo» de los niños en España. (*N. del T.*)

El bebé «juega» con un trozo de papel: busca, prueba, explora. Despliega muchos esfuerzos. Cuando ha conseguido atraparlo con la mano, no sabe cómo soltarlo, se pone nervioso, se remueve, se siente perseguido por ese intruso blanco.

Oscuramente me parece que conozco la experiencia, la siento en mis dedos, en mis nervios: la magnitud de la hazaña, la concentración, el esfuerzo; un universo anquilosado, unas órdenes desprovistas de reflejos. Tal vez se trate de un recuerdo fugitivo. O también puede ser, banalmente, la superposición de un recuerdo vecino: tener que agarrar algo con unos mitones; escribir con una mano vendada; o jugar, en las ferias, a atrapar un pato de plástico con una pinza de metal.

Algunos hombres de mi entorno —mi editor, o el padre del bebé— confiesan haberse sentido turbados por una escena de la película *Alien*, en la que Sigourney Weaver, vestida con unas bragas blancas, se enfrenta al famoso monstruo en un artefacto articulado (una especie de montacargas dotado de agarraderas).

Al ver los ojos alucinados del bebé, la intensidad de sus gestos, supongo que su experiencia del trozo de papel recorre el espectro de esas emociones: obstinación, angustia, entusiasmo, excitación sexual, irritación.

*

Nos olvidamos de atarle: se ha caído del cochecito. Se le amorata el pómulo. No sabemos si exhibirlo en público.

*

Nuestra fe en las virtudes del lenguaje a veces irrita a nuestros amigos, que se ríen de los milagros de la psicología moderna, como si decir y explicar fueran fórmulas mágicas. Sin embargo, yo no veo lo que distingue a mi cachorro de los cachorros animales, como no sea el lenguaje.

Tropiezo con una foto antigua de un «niño-lobo». Por sensacionalismo, el niño está recubierto con una piel de animal; pero, bajo el artificio, lo que sorprende son los enormes antebrazos, deformados por la marcha a cuatro patas; las manos están atrofiadas, abarquilladas hacia arriba: camina sobre las muñecas. Leo que se describieron numerosos casos, y que también existen niños-simio, niños-oso y niños-leopardo. En su mayoría, jamás sabrán hablar, ni caminar erguidos. Dos niñas-lobo, Amala y Kamala, fueron recogidas —o capturadas— por el reverendo Singh, en la India, en 1920. El caso es famoso, porque el reverendo escribió un diario de su breve vida. En las fotos, desnudas o vestidas, su silueta es humana pese a la postura, al cuello acortado y a la cabeza echada hacia atrás.

«Se parecían en todo a unos animales», concluye el reverendo. Esta frase lastima mis buenos sentimientos. Pero, si reflexiono sobre ella, me pregunto si a Amala y Kamala, en compañía de lobos, se les ocurría comer otra cosa que carne cruda; si tendían la mano hacia las bayas, si probaban las raíces; o si decididamente no contaban con la menor imaginación humana, ningún recuerdo de la especie, ningún reflejo, ninguna pregunta. Dormían amontonadas con la manada, mostraban los dientes y aullaban, corrían velozmente sobre sus cuatro patas, olisqueaban, lamían el agua, desgarraban las presas. Necesariamente, habían sido montadas por lobos.

Cuando los hombres las descubrieron, la madre loba las defendió hasta la muerte.

Pienso en el sueño del bebé, que del ciclo sin luz del feto «ha inventado sus noches» poco a poco, durmiendo de acuerdo con nuestro ritmo, pasando de las tomas múltiples a cuatro comidas regulares. Desde el embrutecimiento de las primeras semanas no creemos en el milagro futuro, no vemos cómo ni por qué razón el bebé adoptará pronto un comportamiento tan fácil para vivir.

Supongo que el bebé sólo se convierte en humano por imitación. Resulta extraño pensarlo en el día a día: el precipicio no queda tan lejos, sigue el miedo a fallar en una curva.

He conocido un gato alimentado con biberón, separado muy pronto de su camada. Ese gato creía que era un ser humano. Dormía sobre el lomo en la cama de su dueño. Abría grifos y cajones, se sentaba a la mesa para comer y no imaginaba que pudiera ser otra cosa (al igual que, huelga decirlo, su dueño).

*

Conozco a un niño de dieciocho meses que levanta decididamente la ropa de su madre para mamar de sus pechos. La arrogancia de este chiquillo, su falta de educación y la violencia a la que se le somete, la humillación de la madre poseída públicamente por su hijo, son cosas que me repugnan.

Respecto al destete, una puericultora del hospital mencionaba con sentido común el primer diente como un umbral crítico.

Es evidente que simboliza el paso a otra alimentación, aunque un pezón endurecido por varios meses de lactancia puede soportar perfectamente los mordiscos.

En los Países Nórdicos la sanidad pública exige que se dé el pecho durante cierto tiempo, pero no tanto como aquella amiga noruega que sigue dando el pecho a su hijo de cuatro años. El padre hace mucho que se fue. Es un ceremonial de dos, mañana y tarde, en un sillón reservado para esa actividad, bajo los neones de un cuarto de baño en el que se encierran. Ni la menor arrogancia, en este caso la violencia es secreta.

*

Que el bebé sea para la madre el falo del que carece es un tópico de tal envergadura, tal perogrullada, que me parece inútil insistir sobre el tema. La misoginia y la vulgaridad de la proposición, aunque sea válida, me irritan. Desde este planteamiento me parece que el bebé, empapado, mamón, tragón, cálido, resulta para el padre una simetría exacta: la vagina que le falta. El bebé resulta, por esencia, *superfluo*.

La función simbólica del padre es sabida: separar al niño de la madre, prevenir el incesto. Pero el bebé es al mismo tiempo una erección y un agujero, se trata de moderar por todas partes el amor de los progenitores.

*

Todas las proposiciones de este libro aceptan una formulación contraria. Mi mejor amiga: «Cuando nacimos, nuestros padres seguían, más o menos, la misma doctrina: dejarnos llorar, alimentarnos a horas fijas, acostarnos boca abajo... Actualmente, la angustia está a la altura del número de consejos, mientras que bastaría con tranquili-

zar a las jóvenes madres: no existe una teoría universal del bebé.»

En la antológica *Mira quién habla*, John Travolta pronuncia esta frase definitiva: «El papel del padre es hacer feliz a la madre, para que ella no enloquezca a los hijos.»

En un aeropuerto de los Estados Unidos, veo un anuncio que advierte contra el *shaken baby syndrom*, el síndrome del bebé zarandeado, que según parece provoca cantidad de muertes todos los años. Existe también una asociación de *co-sleepers*, «los que duermen con», y una asociación contra la lactancia, para proteger al bebé de las pulsiones eróticas de su madre.

Los temores de los padres, el de la oscuridad, el del abandono, el del vacío, el de la soledad, determinan su manera de hacer dormir al bebé: ésta es la sensata opinión de una psicóloga de la televisión. Si como el bebé, yo me despertara a solas en una habitación oscura, desconocida y silenciosa, estaría aterrorizada. En cuanto pude yo dormí con hombres, por miedo a la oscuridad.

*

Se esfuerza, nos habla, se dispone a decírnoslo: de dónde viene todo lo que sabe. Ensayas unas sílabas, fracasa, se exaspera, no entiende nada, llora.

Y cuando sepa hablar, lo habrá olvidado todo.

La lentitud del aprendizaje es un hecho voluntario: el tiempo de la amnesia. Así se inventa el secreto de los limbos.

Ayer lo tenía en brazos y él fijaba la mirada en un punto del espacio, estiraba la mano hacia el vacío y son-

reía... Después parecía que escuchaba y contestó: «agliba uija», y soltó una carcajada.

Esta mañana, en la habitación donde duerme, las sillas formaban un círculo perfecto alrededor de su cuna, cada una de ellas portadora de un libro o de un oso.

*

Escribo todos mis libros para conjurar la suerte: para que no ocurra lo peor. Escribo este cuaderno para alejar de mi hijo los espectros, para que no me lo arrebaten: para hablar de su belleza, de su gracia, de su magnificencia; para inscribirle en la vida, de la misma manera que se firma una promesa, o se agradece algo con un exvoto.

Cuando leí de adolescente *Otra vuelta de tuerca* de James, me apunté a la versión de la institutriz, que disputa a una pareja de fantasmas los dos hermosos niños que tiene a su cargo. Al releerla hoy, sé que esa mujer está loca, que odia a unos niños que no son suyos, y que aleja a la niña para acostarse con el niño. Está escrito ahí, entre líneas, y hay que tomarlo al pie de la letra.

Sueño con un libro negro, negro y solar, el negro gemelo de éste.

*

Yo delante del bebé: «La entomóloga delante de su insecto.»

Es el tipo de prevenciones que rodea a las mujeres que escriben; ser madre sólo es una circunstancia agravante.

Me han preguntado qué haría si tuviera que elegir entre el bebé y la escritura. Y al bebé, con idéntica perversidad, ¿le preguntarán si prefiere a su papá o a su mamá?

Existen los conflictos que genera la escritura en el entorno inmediato y más allá de él; pero la pregunta que me plantean es aquella a la que, en voz alta o en silencio, se enfrentan todas las mujeres: ¿qué prefiere, mmm, sus hijos o su trabajo?

La trivialidad que se supone a las mujeres, su lado «práctico» —comida, partos, tetas, agotamiento de lo cotidiano—, los curiosos la leerán también en mis páginas.

*

El padre del bebé cantándole «Víctima de la moda», mientras elige entre los regalos un enésimo pijama. Tiene una ropa adorable que sólo hemos usado una vez, crece, 42 cm, 50, 65... Jugamos a muñecas cambiándolo constantemente.

*

El petardeo de un motorista despierta al bebé, maldigo al imbécil, me estoy haciendo muy «madre de familia».

La seriedad espantosa de los niños que trabajan, alfombras, confección, fábricas de ladrillos; imágenes de una campaña humanitaria. Nunca me habían afectado tanto las manipulaciones. «*Made by children for children*», eslogan pintado en una minúscula camiseta por un artista. Lo leo en letras fantasmales que flotan alrededor del bebé, en algunas de sus prendas o de sus juguetes.

*

En una escena de *El tercer hombre*, el protagonista visita un hospital en el que mueren, de cuna en cuna, las pequeñas víctimas de una penicilina manipulada. Una monja arroja al cubo de la basura un osito que ya es inútil, una curva de temperaturas asciende en un gráfico: los niños no se ven, nadie llora por ellos; mantenemos los ojos secos ante las acciones justicieras. Esta escena fundamental, que inclina al protagonista hacia el lado del Bien, me había parecido, sin embargo, exageradamente sentimental, *antes*.

*

Incluso ahora me cuesta distinguir su rostro. Sé que tiene los ojos azules, el pelo tirando a pelirrojo —«rubio veneciano», dice su abuelo—, las cejas transparentes; las orejas muy pegadas, la boca pequeña, con un callo de succión en el labio superior; mejillas gruesas y una doble barbilla bajo una barbillita puntiaguda; no tiene cuello. Sé que si se le mira a fondo su frente ocupa la mitad de su cara: debajo de ella comienza su rostro, ojos, nariz, facciones, boca. Sé que tiene los hombros anchos, unos divertidos bíceps bien formados, un angioma colorado en el brazo derecho, y unas exquisitas nalgas gordinflonas. Sé que tiene los dedos gruesos, como yo. Pero todos estos elementos son una especie de reportaje al que me he forzado. Lo hago sobre los seres y paisajes que me gustan a partir del día en que, separada de mi madre por primera vez, tomé conciencia de que no recordaba sus facciones, que no conservaba de ella ninguna foto mental.

Recuerdo mejor las fotos del bebé que al propio bebé.
Las fotos recogen un momento de su rostro; lo banalizan,

lo despojan de su hechizo: bascula en el mundo material. Entonces puedo verle. Dormido, lo contemplo. En todos los momentos restantes, es una presencia viva, una irrupción; una alteración del espacio que retuerce, remueve, proyecta, hace estallar. Veo una luz reposada y redonda, dos resplandores azules, una risa; o una masa violeta plegada sobre un grito. O bien oigo un jadeo, veo un pico en forma de V; o percibo el calor, el olor de harina y de leche, el olor a brioche de su carne; o noto la tonicidad de sus dedos. Consigo más o menos aislar su boca, abierta de par en par para engullir, atenta o risueña. ¿Y qué más, entre estos pozos de vida? La relación se me escapa. Eso es lo que le separa de mí: el corazón del blasón permanece oculto para mí. Él, el bebé, es esa criatura inaudita, secreta, total y vaporosa, en devenir.

Ahora entiendo el incesto, el que llega paso a paso, entre mimos y languideces, en la pasión por el bebé. Y entiendo la necesidad de la Ley.

*

Cuando está sorprendido lo está del todo, a la manera de la *commedia dell'arte*. Abre los brazos, enarca las cejas, desorbita los ojos, boquiabierto. Cuando ríe, se retuerce. Cuando llora, los lagrimones corren por sus mejillas. Cuando tiene sueño, se frota los ojos. Cuando tiene miedo, su barbilla se arruga y sus labios tiemblan. Me gusta especialmente cuando estudia, con una seriedad que le hace bizquear, una apasionante pata de mesa o el capuchón de una pluma estilográfica.

Su rostro flotante sólo se encarna en las emociones. Al igual que en los grabados de fisiognomía, él es «la cólera»,

«el asombro», «la tristeza» o «la alegría»; al igual que los arlequines, es la risa o el dolor en dos tiempos y tres movimientos.

Siempre que me topo con un recién nacido, me regocijo de que el bebé haya emergido de ese lago opaco, donde la luz sólo cae sobre llantos de hambre y sonrisas de satisfacción, en una práctica ausencia de la mirada. El lactante es una presencia extraña bajo unas facciones curiosamente familiares. Tiene algo del padre y de la madre, pero no sabemos nada de él. No sabemos por qué llora, si tiene frío, si tiene hambre, si va a chillar, si va a dormir. Sin duda él es «la inquietante extrañeza». Tiene la mirada de los moribundos o de los locos. A veces el ojo gira sobre sí mismo, aparece la blancura de la córnea, un tic sacude el párpado. Existe un velo permanente, casi una funda de almohada. El lactante es ansiogénico, el lactante es patético: al igual que un enfermo grave, hay que esforzarse en aliviarle, ayudarle, entenderle. Pasa a ser el bebé cuando se le fija la mirada, cuando busca el mundo bajo el velo.

Entonces no se me ocurría la idea de escribir sobre él. Mi mejor amiga y yo, cada una de nosotras con un rorro en los brazos, en una especie de desdicha. Después, su mirada ha abandonado su cuerpo. El color la ha precedido, se ha precisado, azul-gris, azul-verde, y se ha desgarrado el velo. Han sido necesarios dos o tres meses para que el lactante se convierta en el bebé: el tiempo de encontrar un lugar o una persona con quien dejarlo, de reanudar el trabajo, y de cicatrizar el cuerpo, para encaminarse una misma de nuevo hacia el mundo, para volver a estar contenta. En ese momento el bebé suelta la carcajada por primera vez.

*

Pierde sus primeros cabellos: brota una pelusilla más clara. Un último copete pelirrojo en la nuca con forma de caracol.

Como siempre duerme de espaldas, le ha salido una tonsura en la parte posterior del cráneo.

*

Estrecho contra mí su delicioso cuerpo cálido, me lo como, lo rapto. Hago el amor con su padre. Lo veo casi claro. ¿Abandono de la infancia?

*

Ahora bien, existe por lo menos un segundo universo que suscita tantas conversaciones como el bebé. Aquí, mes de agosto, en casa de mi madre, estoy en tierra de corridas. Le dejo el bebé para ir a la plaza con una pandilla de aficionados. Todo zumba. Los debates entre los entendidos, en los que el conocimiento técnico vale menos que la ocurrencia momentánea, me fatigan. Intento concentrarme en lo que está ocurriendo abajo, en la arena. Sólo pienso en el bebé. El toro distraído, lanzando miradas de reojo, es el bebé inquieto; ese toro que jadea, recuperando el resuello después de la pica, es el bebé que reflexiona; ese toro que jadea, caído de lado, es el bebé después de mamar.

*

Libération, 22 de agosto de 2001:

«Arrecia en España la polémica acerca del origen del

juguete-trampa que ha matado, la mañana del lunes en el País Vasco, a una mujer de sesenta y dos años y herido gravemente a su nieto de dieciséis meses. Operado durante ocho horas, el pequeño Jokin Galarraga sigue debatiéndose entre la vida y la muerte, con ambos ojos reventados y el cráneo fracturado. (...) El juguete —un cochecito cargado de pólvora y provisto de un sistema de deflagración— había sido abandonado en un bar del casco viejo de San Sebastián, después del paso de una manifestación de la organización juvenil Segi, próxima a ETA.»

*

Función del padre, función de la madre: todo coincide en persuadirnos de que le somos indispensables, cuando somos nosotros quienes le enseñamos a no poder prescindir de nosotros. Cualquier individuo o grupo humano que le diera amor satisfaría de igual manera la tarea.

*

Malestar físico, vértigo, de una amiga soltera, testigo de un encuentro familiar en torno a varios bebés: «No es que eso no me concierna, es que se trata de un universo paralelo.»

*

Cuanto más parlotea el bebé, más le imitamos. Construye unas sílabas claras y reconocibles: «da», «be», «re». La incongruencia de esas cantinelas nos encanta. Dialogamos mediante ecos. La casa en la que el bebé reina es una casa de locos.

Nuestros parientes jamás conocerán al bebé que nosotros conocemos, tranquilo, soñador, el bebé no se excita por las visitas. Si, estando en los brazos de alguien, me ve a mí, es a mí a quien se ofrece y a quien sonríe. Es algo que me pone de excelente humor (donde se instala el orgullo).

*

Una y otra vez le pido al padre del bebé que me cuente los minutos en que, sin perderle de vista, lo siguió hasta la sala de las incubadoras, guiado por una puericultora simpática y guapa como un hada, mientras que yo expulsaba echando pestes mi placenta.

En los vapores de la epidural, me imaginaba la «sala de las incubadoras» con enormes gallinas alineadas, desbordantes de bebés debajo de las plumas.

En realidad es un lugar técnico, donde se realiza la puesta a punto de los prematuros y se efectúan los últimos ajustes: un hangar de cohetes.

*

El bebé ríe de felicidad, o de placer, o porque algo le parece cómico (la voz de su abuelo, una silla de plástico blanco; pero todavía no las palomas, las cosquillas, el juego del escondite o las figuritas de indios). Protesta cuando le quitan el biberón, y si el escándalo se prolonga sus gritos alcanzan la desesperación. Si tiene miedo, lanza una nota aguda y silbante. Canturrea: se habla a sí mismo. Salmodia: tiene sueño. Gime: se aburre. Cuando nos habla,

nos mira a los ojos, nos interroga con el tono francés, ascendente; o exclama, se asombra; o se queja de algo preciso, reivindica, suspira. Cuando finalmente lo cogemos en brazos, lanza un «ah» de satisfacción: eso no era muy complicado.

Y después grita de dolor. Sus gritos viajan en todas direcciones, unos gritos de loco, de alienado. Ya no nos reconoce, azulea de asfixia, se hincha, irreconocible. Estrechamos su cuerpo rígido. Es todo lo que sabemos hacer. Y él grita hasta que algo cede en su interior: los miembros exhaustos, la mirada fija. Después duerme con un sueño tan largo y tan profundo que vigilamos su aliento.

Banal mal de bebé, dicen al alimón los pediatras que consultamos. «Se le pasará cuando termine con la dieta láctea» (tiene seis semanas cuando las primeras crisis). «Mi hija tuvo lo mismo» (mirada húmeda, estallido de nostalgia). Le recetan Gaviscon, Motilium, Gel de Polysilane, Enfamil AR, Maalox, Debridat. Nosotros queremos un analgésico, uno de verdad, en el momento de las crisis. Como ese dolor es tan banal, aliviarlo debería ser banal.

Tenemos la impresión de estar pidiendo heroína.

Un día me tropiezo con una pediatra que me dice que *no sabe lo que tiene la criatura*, y soy yo la que ya se siente un poco mejor.

«Lo olvida», me dicen para consolarme, y veo un precipicio en cuyo fondo pactan la amnesia y el dolor. Me gustaría, por el contrario, que él aprendiera, que sintiera cuándo llega la crisis y la reconociera: que se acordara de que tiene un final. Me gustaría convencerme de que sus gritos son más de pánico que de dolor: el primero me parece menos horrible que el segundo. Las primeras crisis datan de las pesadillas que le hacen gemir en su sueño.

En el servicio pediátrico de la incubadora, a menudo le hacían perfusiones o análisis de sangre. El protocolo era sencillo: una puericultora le hacía chupar un poco de azúcar, y otra le pinchaba. Él estaba relajado y contento. El cerebro del lactante sólo es capaz de tratar una información a la vez: el azúcar dominaba sobre el dolor. En aquel servicio, la humanidad de esos gestos parecía una evidencia, y eso me conmovía.

*

Estoy ante un paisaje llano dominado por una montaña, tal vez un volcán o tal vez Islandia. La montaña es negra con unas placas grises y blancas, la llanura naranja y azul, azufre y espuma. Coloco un jardín al lado de mi casa. La tierra es negra y brillante, y yo la aplano. Pongo terraplenes, chaflanes y relucientes avenidas de gravilla.

En una esquina del jardín hay un hombre, y a continuación varios hombres de pie. Parecen estar esperando algo, se miran unos a otros, me examinan de manera inexpresiva. Cae la noche, gris y húmeda. Llevo al bebé en brazos, prefiero alejarme.

Enfilo una calle estrecha en la ciudad. Es una alta construcción sombría, todavía más ennegrecida por la lluvia. Un autobús de dos pisos me adelanta ruidosamente.

Al despertar, estas pocas huellas del sueño.

*

Comienzos de septiembre. Esta mañana, el padre del bebé y sus hermanas, cada uno en su moto, se han ido triunfantes al trabajo. Yo me quedo con el bebé en la mansión familiar, en la terraza, delante de las rosas, con

los boles y la tetera; el primer frescor del otoño. La increíble impresión de ser madre en el hogar.

Transformación de la alimentación y cuidado de la progenitura, necesidades nobles, ni femeninas ni masculinas.

Manchas de aceite, de leche primeriza y de té en este cuaderno, escrito en la cocina las más de las veces.

Trabajo la masa, sol en las baldosas. Él está arrellanado en su cochecito, chupa el hocico de su jirafa de caucho. Yo tarareo vales, musiquillas de circo y pasodobles; a trozos, como un popurrí, con voz gangosa o arrulladora. Hago tonterías, bailo para él, ríe a carcajadas, me sigue con la mirada por toda la cocina. Soy la reina, la mejor de las madres, la más guapa, la más graciosa, su madre-estrella, su gran amor. Le arranco de su cochecito y bailamos un vals, es un bailarín excelente.

*

Calorazo de finales de verano. El bebé sólo viste su pañal. Lo vaporizo con agua mineral, él abre los ojos de par en par. Después soplo, y el frescor le sorprende. Aspira una gran bocanada de aire, está a punto de llorar; se ríe. Le soplo en las mejillas, en los hombros, en el vientre, en las manos, en los pies, le repaso todo el cuerpo. Su risa menuda, todavía un poco torpe, está llena de burbujas y de encías.

La parte de su cuerpo que desde su nacimiento me he prohibido es su sexo, separado de él por los perpetuos pañales.

Me cuenta mi cuñada que Madame de Maintenon recomendaba que se cambiara a los bebés a la manera inglesa, «antes de que la tela se agujereara». En Francia los bebés estaban embutidos en varias capas de tela, que sólo se cambiaban cuando las manchas la traspasaban.

*

Se ha pasado todo el día gruñendo, como un cachorro que defiende un hueso. No entiendo nada; puede que esté probando un sonido sin la necesidad de intentar producir un sentido. Me urge que entienda que ese sonido no forma parte de nuestro vocabulario.

«¡Pensar», exclama su abuelo, «que el hombre sólo conoce el lenguaje desde hace cuatrocientos mil años!» Y conmovido, chocho, contempla al bebé.

*

Deja de jugar, nos mira intensamente, entorna los ojos, se concentra, reflexiona, frunce los labios y exclama «blee».

*

Respecto a la escritura, las primeras semanas sólo era capaz de comprobar la falta de deseo por el texto que había empezado: quedaba fuera de juego, ya no encontraba un lugar en mi vida. Tampoco era capaz de escribir sobre el bebé. No se me ocurría la menor idea, ni siquiera el deseo de tenerla; sólo la estupefacción ante ese cuerpo surgi-

do; la torpeza y la angustia; y una alegría abstracta, desprendida de lo real, enorme y devastadora.

Unos sentimientos como pensamiento.

Durante las primeras semanas en casa lo tenía constantemente en brazos, dos kilos quinientos gramos, dos kilos seiscientos, dos kilos ochocientos; dándole el pecho, el biberón, durmiéndole. Y yo miraba la televisión. Casi exclusivamente documentales: la nueva presa sobre el río Yang-Tsé, la reproducción de los grandes felinos, el acoso sexual en el trabajo, los niños perdidos de Johannesburgo, el calentamiento del planeta en tres partes (la inversión de la corriente del Golfo, el deshielo, el metano congelado de las profundidades del océano), los barcos más bellos del mundo, las dificultades de un charcutero de Aveyron para encontrar un sucesor, los genios del siglo XX en diez minutos (Freud, Flemming, Einstein), las nuevas armas bacteriológicas, la seductora Salzburgo, la separación de dos siameses unidos por la cabeza, los balnearios de Bulgaria.

«Amamantándole, embutiéndole biberones, durmiéndole»: etiquetas que colocho actualmente sobre aquel marasmo de leche y de imágenes, en el cansancio de las noches mal dormidas. «Aprovéchalo a fondo», oía yo. «Dura muy poco.»

Durante todas aquellas semanas —hasta las primeras sonrisas— viví inclinada sobre una criatura mamona, ojos y puños cerrados, incapaz incluso de protestar si la tetina estaba obturada o cuando ya no tenía leche. Mamaba y seguía mamando, con sus dos neuronas abocadas a la tarea, bloqueada en su programa al igual que yo en mi tele.

El padre del bebé había vuelto al trabajo. Yo lo entendía. Yo me despertaba, me dormía de nuevo, era de día,

era de noche, nadie me había advertido de que eso sería tan aburrido, o yo no me lo había creído.

Sin embargo, por vez primera, el tedio se superponía a la alegría: ambos conceptos dejaban curiosamente de ser antinómicos.

*

Felicidad de escribir, felicidad de estar con el bebé: felicidades que no se enfrentan. Sigue gimiendo en mi interior, socarronamente, la cantinela: «No es posible ser una intelectual y una buena madre», no es posible pensar y jugar a las muñecas. Santa Beauvoir.

Felicidades que, lejos de devorarse entre sí, se alimentan mutuamente. La escritura crece aquí con el bebé, y el bebé se aprovecha de la escritura, ya que este cuaderno hace feliz a su madre. No dejo de trabajar. ¿Cuántas amigas mentalmente esterilizadas por un «despido-maternidad» exclusivamente femenino; solas ante una criatura desconocida, frenadas y disminuidas por los biberón-pañales, y aspirando únicamente a recuperar el mundo exterior, el trabajo y los hombres? El «*baby-blues*» es la desesperación de adultas engullidas por el ritmo de un lactante, teniendo que afrontar en solitario semejante reducción del pensamiento. Algunas se adaptan, resisten, nadan a favor de la corriente y siguen deseando, amando en ocasiones esta extraña fusión, esta fundición de ellas mismas. Otras se hunden por completo, reabiertas las heridas de la infancia: es otra desdicha, de otra naturaleza.

«Dar la vida es dar la muerte», esto es lo que se supone que deprime a los occidentales. Bajo esta afirmación convertida en un tópico, alimentada por una metafísica de pacotilla, oigo el «Viva la muerte» de los fascistas españoles.

Es posible que el bebé sea mortal, pero no por combustión espontánea. Una parte del amor que yo le ofrezco se manifiesta a través del miedo; pero él no morirá por haberle dejado crecer. Es preciso, por tanto, vacunarle, tomar las precauciones básicas, y alejar de él, en la medida de lo posible, la pulsión de muerte (cuidar su neurosis).

«Dar la vida» es, sin duda, una expresión burlona, basada en la deuda; «poner en el mundo» es más festivo. Una aparición: se saca del agua un ser que vivirá, nacido de las corrientes, de los fluidos y del tiempo, más que de uno mismo.

Preñada como un barco, balanceo, cabeceo, cargada con un pasajero hasta el puerto.

Hay que afirmar la alegría de poner en el mundo, el deslumbramiento de dar paso a una conciencia.

*

«No conozco otra gracia que la de haber nacido. Un espíritu imparcial la considera completa.»

Isidore Ducasse, conde de Lautréamont. ¡Música!

Y unas pocas líneas antes:

«Para gustar a su madre, un hijo no le dirá que es buena, radiante, y que él se comportará de manera que pueda merecer la mayoría de sus elogios. Hace otra cosa. En lugar

de decirlo él mismo, hace que se piense por sus actos, se despoja de la tristeza que llena a los perros de Terranova.»

La risa del bebé no me hace feliz, me da alegría: mediante ese matiz, confío en dejarle agua para navegar.

*

Hasta este momento, el bebé, además de la leche, habrá saboreado perfumes de «frambuesa» (un gel antiacidez), «plátano-hinojo» (un apósito gástrico), «naranja-caramelo» (unas vitaminas), «limón» (un complejo anti-rraquitismo), «papaya» (un jarabe antivómito).

Hoy, primera alimentación sólida, primer sabor de verano: un melocotón trinchado. No manifiesta ninguna reacción ante las cucharadas, ni sorpresa, ni placer, ni repugnancia. Engulle, eso es todo. Me siento decepcionada. Había elegido la fruta con amor, por decirlo de algún modo. Al cabo de un rato, rechaza la cuchara con la lengua, se revuelve. «Está dispuesto a tomar su medicina», dice el padre del bebé, «pero ahora querría el biberón.»

También conoce el sabor de mis senos, y de mi piel y la de su padre, que él chupetea en nuestros hombros, en nuestras mejillas, en la punta de nuestros dedos.

Huele el pan tostado, el bizcocho, el jazmín, la miel, la leche, y una o dos veces al día, la mierda.

No entiende por qué tiene que hacer el esfuerzo de darse la vuelta o intentar sentarse. Está bien donde se le deja. Cuando está harto, llama, nosotros acudimos.

*

Su conducto lacrimal está obturado, párpado purulento y pestañas pegadas. «Basta con limpiarle», dice el pediatra. Estoy harta.

*

«Me gustaría pasear en familia», dice el padre del bebé. ¿Con sus padres? Me sorprende. Pero él se refiere a nosotros, a nosotros tres, y me quedo estupefacta.

*

¿Sabré ser una «buena madre»? Se trata de una pregunta que jamás se me habría ocurrido si «madre» y «culpabilidad» no anduvieran siempre del brazo. Cuando estaba embarazada, intenté concentrarme en el tema: dejar de planteármelo me convertiría necesariamente en una madre indigna. Pero me resultaba difícil entender el sentido de esas palabras; como si «madre» me convirtiera en otra persona y me dotara de repente de un valor, «buena» o «mala».

Y después me topé, en *Elle*, con la respuesta a la pregunta. Era una entrevista con Madonna durante su período budista. Ella explicaba que, en el limbo, los bebés esperan hasta que encuentran los mejores padres para ellos. No son los padres quienes deciden tener un niño, son los niños quienes eligen tener unos padres.

Me los he imaginado apoyados en las nubes, un poco aburridos y soñando, como los *putti* de Rafael. Examinando a los humanos y saltando después por la borda para embarcarse en un útero, en un útero preciso, el mío;

conscientes de los peligros pero después de haber estudiado profundamente, también, al padre; de entre todos los humanos posibles –así como los gatos, o los perros, o las moscas–, eligiéndonos a nosotros.

Hijos descontentos, que habéis olvidado esta elección, sólo podéis enfadaros con vosotros mismos.

Madonna lleva una camiseta que dice «Mother», y al otro lado «Fucker».

Segundo cuaderno

Verano, otoño

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DEPARTMENT OF CHEMISTRY

RECEIVED

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

1961

Cuando le tienden su jirafa la atrapa con ambas manos, sin el menor titubeo. Cuando le hablan de lejos busca con la mirada, nos encuentra, contesta. Cuando le proponen un juego —mimos, baile, cantos— suelta la carcajada. Cuando te acercas a él, se oculta. Dice *eh-eh-eh-eh* batiendo los pies. Sabe modular sus sonrisas: saludarnos, seducirnos, ser correcto aunque nosotros no seamos divertidos, reconocernos, adorarnos, tranquilizarnos. La nube de su mirada ha desaparecido, ahora es despierta y atenta con nosotros. Ya no es el lactante, pero todavía no es el niño: es el bebé, el gran bebé, el auténtico bebé.

* .

En los últimos tiempos, al cabo de unos minutos en el pecho se encabritaba, soltaba coces y lanzaba gritos. Tardé una semana en entender, o en aceptar, que yo ya no tenía leche.

Inconscientemente, esa semana le propuse los primeros potitos.

Le dije, formulando las cosas con claridad tal como el

primer reportaje de psicología infantil te enseña, que yo ya no tenía leche.

Me pareció conveniente añadir que lo sentía, que no era culpa mía, ni, evidentemente, suya, que tal vez volvería a tener un poco de leche y que cabría intentarlo otra vez, pero que al fin y al cabo no era tan malo ya que no tardaría en ir a la guardería.

Desde entonces ya no da la noche.

«Final», «comienzo»: ¿tiene alguna idea sobre estos conceptos? Empieza el biberón, está excitado y contento; termina el biberón, se pone nervioso y protesta. Como si emergiera de un sueño en el que sólo había leche, succión, satisfacción; en el que la vida fluía en esta duración blanca.

El final de la lactancia inaugura sin duda la serie de las cosas que concluyen, contra las cuales yo soy impotente. Frustraciones necesarias: el padre del bebé y toda la psicología moderna me lo aseguran.

Cuando estaba en la incubadora, yo temía que las puericultoras le dejaran llorar de noche, o que se sintiera solo. «Nadie le evitará los males de amor», me dijo su padre.

El biberón es continuo, la tacita es discontinua: entre sorbo y sorbo, reclama; hundimos las cucharadas en una boca que grita.

Para preparar a dos hermanas siamesas para la intervención, una psicóloga las hace jugar con unos objetos con muescas que se juntan y se separan. Las siamesas tienen dieciocho meses: les hace que dominen los conceptos

de «juntos» y «separados». Están unidas por la cabeza, como un gran cangrejo, y se desplazan oblicuamente después de un acuerdo tácito, en una solidaridad terrorífica.

«Final», «comienzo», «continuo», «discontinuo», «separado», «unido»: ¿es posible por tanto que él no tenga la menor idea de esos conceptos? Me cuesta trabajo creer en semejante virginidad del cerebro. Que sea preciso hablar para pensar, que los conceptos sólo lleguen con las palabras, se me antoja una teoría pobre.

Una de las ideas canónicas de la psicología infantil se ha convertido en un tópico: el bebé cree que su cuerpo y el de su madre son una misma cosa hasta la edad de siete u ocho meses, período llamado de «la angustia de la separación». En ese mismo momento, él se identifica en un espejo. También se dice que la persona se cimenta con el «yo», punto de partida frente al cual se establecen un «tú» y un «él»: el ego, ante esta estructura lingüística, sólo sería una nebulosa flotante entre otros cuerpos.

Al leer a Winnicott o a Dolto, saboreo el enigma resuelto, la palabra tan exacta que él salva. Asisto —ellos lo niegan— a sesiones de magia, a eficaces abracadabras basados en la experiencia y la comparación, en la audacia intelectual y el sentido común. Un chiquillo dibuja patos porque una enfermedad ha hecho que tenga los dedos unidos con una membrana. Una niña está obsesionada por las gallinas porque su padre tiene una amante.¹

Sin embargo, mantengo mi incredulidad respecto a sus teorías sobre la separación. Que él todavía no sepa ni quién es ni dónde está es algo que he experimentado: en

1. *Poules*, «gallinas» y también «prostitutas». (N. del T.)

el espejo él se inclina hacia otro bebé; y no le perturba en absoluto verme delante de él cuando, en realidad, estoy detrás. Pero él entiende la diferencia entre la noche y el día; entre comer y no comer; entre mi mano y la suya, estoy segura de ello. Tengo ganas de decir que no es idiota. O tal vez soy yo la que lo mezcla todo.

Para él, es indudable que las cosas y los seres no se enfrentan por parejas. Que su padre y yo le parezcamos algo así como un único ser, trabado, a veces cómico, es lo que me cautiva. Conoce sin duda el calor y el frío, lo blando y lo duro, la sombra y la luz, pero sin asociar esos fenómenos, que se enfrentan por convención. Intento imaginar su pensamiento, una continuidad de sensaciones y de imágenes, que empieza tal vez a apropiarse penosamente de unas cuantas sílabas que ha conseguido aislar; porque existía: existía necesariamente antes de las palabras; e impregnado de un matiz que le pertenece en exclusiva. Él reflexiona, él escruta, él organiza, él sueña: es un ser humano.

*

En la sala de partos, concentrada en lo que me decían que tenía que hacer, oí una especie de balido; me dije que un recién nacido lloraba en la habitación contigua. Después me pusieron sobre el vientre un cuerpo blando y cálido, azul pálido y violeta. Me habría gustado darle la vuelta para verlo de cara pero era consciente de que el tiempo acuciaba, todos temíamos que sintiera frío. Me lo habían dejado allí, dos segundos, porque así se hace, por convención, no sea que yo proteste.

No consigo recordar si lloraba mucho; sólo luego he llegado a relacionar el sonido y lo que tenía ante los ojos.

Me trajeron una incubadora. En el centro de la incubadora había unos ojos negros, todo iris, que me escrutaban. Ahí encontraba, en el hueco del plexo, el límite de lo que tengo que escribir sobre el bebé.

Entre las cosas extrañas de esos días extraños, después de haber mantenido durante tanto tiempo, para buscarlos, los ojos abiertos, los cerró durante varios días: en un sueño fetal, alterado a veces por un hipo, despertándose durante diez segundos y pataleando un poco, para sumirse a continuación en el sopor; igual que en mi vientre. En esa sala de incubadoras continuaban, transparentes, las gestaciones.

Después de un parto hay que permanecer, por no sé qué razón de seguridad, dos horas con las piernas abiertas, tendida de espaldas sobre la mesa de operaciones. Al releer *Interview* de Christine Angot descubro que esas dos horas las parturientas «normales» pueden pasarlas con su bebé sobre el vientre.

Yo las pasé conversando con la auxiliar. Era simpática y eficaz, entregada a su rutina, y me entretenía mientras ordenaba el instrumental y limpiaba la habitación. Comparamos las cualidades de ese hospital con las de las clínicas parisinas donde había trabajado, después los tiempos de desplazamiento entre su domicilio y los lugares de trabajo, así como las escuelas de los diferentes barrios.

Jamás había vivido tan claramente la sensación de estar cortada en dos: físicamente por la anestesia, cuyos efectos tardaban en disiparse; y mentalmente por aquella conversación: a un lado los ojos negros, al otro el chismo-reo mundano. No era desagradable, tampoco era absur-

do: era ridículo. Supongo, sí, que se trataba de su nacimiento.

*

Cuando pudo prescindir de la incubadora, el bebé tuvo como vecino de cuna a una niña diminuta, nacida en el momento debido pero que pesaba tres libras. Tenía exactamente la forma y la apariencia de tres manzanas arrugadas. Su expresión era la de una brujita sabia y fatigada. Nos dimos cuenta de que, a su lado, el bebé había acabado por crecer y engordar: parecía ancho de hombros, tenía un aspecto bonachón y divertido, ya era hora de que nos fuéramos. Sobre la cuna de la niñita se leía un nombre que empezaba por A que me parecía muy moderno. Su ropa en camafeo era —no sabría decirlo de otra manera— de la textura y del color adecuados. Estaba rodeada de unos peluches exquisitos, bonitos y graciosos, que ya parecían dotados de una pátina de aquel bebé nuevo.

Enfrente había un bebé gordo y rubicundo, que tenía dificultades para respirar. Llevaba un nombre de serial americano. Su ropa y su peluche eran anodinos. Su madre estaba agotada, tenía otros dos niños y venía de lejos, de la periferia; recién salida de la maternidad debía hacer cuatro horas de viaje todos los días.

La madre de A. estaba inmovilizada por culpa de una cesárea. Amamantaba a la gemela de A., aquella que, en el útero, había comido por dos y absorbido todo el oxígeno, aquella que pesaba el doble que su hermana y dormía ahora al lado de su madre.

Se suponía que no debíamos saber esas cosas de unos y otros, pero el caso es que, pese a todo, las sabíamos.

Yo sentía un afecto espontáneo hacia aquellos dos re-

cién nacidos: los pequeños vecinos, los contemporáneos del bebé. Y se me ocurrían todo tipo de consideraciones sobre el origen social y todo tipo de injusticias, sobre el azar y el destino, porque al dormitar ante las cunas me llenaba de suspiros y de metafísica.

*

Leía *Ana Karenina* rodeada de alientos de bebés, y el pediatra, en broma, me prometía devolverme el mío al final del millar de páginas (y en realidad, cuando ella se arrojaba debajo del tren, nosotros regresamos a casa).

*

Unos amigos nos cuentan que en el hospital de Bamako, donde trataron a su hija, las escasas incubadoras son utilizadas para refrescar a los bebés, y que a los prematuros se les hace beber en tapones de botella. «Me daba vergüenza sacar mis pastillas para esterilizar», nos dice la madre.

*

Hiervo largo rato una pera, la pelo, la trituro minuciosamente. No la quiere. Prefiere su potito.

*

Rosas de septiembre, enormes, languidecientes. El bebé estira la mano. Sus ojos viran a negro a fuerza de concentración. El sol sobre el jardín, final de la tarde, unas pocas líneas para contarlos. Sobre la gravilla, los pasos

de su padre. Una foto de la felicidad, uno de esos momentos en que se siente, clic, que crean diapositivas en la memoria.

*

Otra viñeta: el enorme y grueso cuerpo de mi padre llevando el cuerpecillo del bebé, y sus siluetas sobre el mar en ebullición, foto mental, verano.

*

Y a veces, la parte trasera del jardín, algo negro debajo de los árboles, en el reverso del aire. La sensación de estar vivo está espectralmente agudizada. Intento convencerme de que el terror no es la parte esencial de este extraño amor.

Aflora el otro libro, el negativo oscuro de este libro, sobre los mismos lugares de nuestras vidas. La ficción, para explicar la totalidad.

*

El bebé ha descubierto cómo darse la vuelta. Le obsesiona. Tumbado de espaldas balancea las piernas, tuerce los hombros, estira el cuello..., se le despegan las nalgas unos pocos centímetros, el esfuerzo le petrifica: una tortuga fuera de su caparazón. Panza abajo sus caderas basculan, el pañal –pof– cae al otro lado: se queda bloqueado, con un brazo atrapado por su propio cuerpo. Pero no grita: se ha olvidado de nuestra presencia. Está solo frente a una montaña.

Necesita resolver la ecuación de sus miembros y su cuerpo, coordinarlos para cambiar de posición en el espacio: por primera vez, gracias a un movimiento autónomo, el bebé puede darle la vuelta al mundo.

En su baño, en la cama, en el cochecito, sobre nuestras rodillas, su única preocupación es encontrar la ocasión de ejercitarse. Nuestras risitas ya no le divierten, el asunto es demasiado importante: es un adulto rodeado de criaturas.

*

Lo que él entiende del idioma, o lo que él es capaz de reproducir, se resume en un prolongado «reueueueuh»: garganta vibrante y morro puntiagudo.

Si ha modulado, hace unas pocas semanas, A-YA-I-YA-O, está a punto de reducir el francés a su más simple expresión, la E: emisión de voz más o menos prolongada, y boca de pitiminí.

Le maravilla que le contesten, «a-euh», o que le propongan nuevos sonidos, «teu». Junta las manos, después, a lo largo de toda una espiración: «greu-eu-euh».

Se ha dado cuenta de que el lenguaje se intercambia. Nuestros diálogos sólo se refieren a sí mismos.

—Yo te hablo.

—Tú me hablas.

Magia, tautología que nos hechiza.

De repente se cansa, mira de lado, resopla. El lenguaje es para él una actividad entre otras, entre morder su jirafa, comer o darse la vuelta.

Su «cuadro de ritmo», que rellenamos hora tras hora

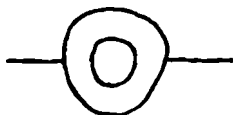
para su ingreso en la guardería, sugiere una vida llena de secuencias: azul para el sueño, verde para las comidas, roja para los llantos, amarilla para las actividades de despertarse. Cuando no hace nada, no sé qué casilla señalar.

Sueña, con los ojos abiertos, acomodado entre dos almohadas. Estoy loca por él.

Al margen de los momentos en que parece pertenecerse fugitivamente, el bebé siempre necesita que ocurra algo. El movimiento ya es una actividad (como para los adultos tomar el tren o caminar). Trasladado en su cochecito, acunado en nuestros brazos, botando en nuestras rodillas, llevado de aquí para allá en el coche, el bebé se siente vivo. No ha tardado en sorprenderme su intolerancia con el aburrimiento: chilla de aburrimiento.

*

Acostado en su cama, contempla cómo giran los elefantes. Es un móvil elegante, finlandés, recortado en unas láminas de plástico: un elefante rojo, un elefante azul, un elefante amarillo. Yo misma lo he elegido. El padre del bebé se limita a decir que, tal como está situado, el bebé sólo ve tres finos filos y un armazón de latón.



¿Qué es?

Un mexicano montado en una bici (visto desde arriba).
Restos de nuestra propia infancia.

*

Química orgánica: en cada potito, calabacín, manzana, zanahoria, ¿qué saldrá? ¿Qué color, qué consistencia y qué olor?

He mantenido la costumbre de la puericultora: limpiarle con agua y con algodón. «Porque el estado de sus nalgas se lee en la cara de las mamás», o algo parecido, publicidad de un bálsamo contra los eritemas.

*

«Hasta los dos años de edad, tener un niño es abstracto», me decía aquel escritor inglés con el que charlaba. Y deseo creerle. Yo no comparto todavía del todo esa ficción llamada el bebé.

«*Childfree*»: asociación americana de los que se niegan a tener hijos. Sabía de Poppy Z. Brite, que predica la sodomía en contra de la perpetuación de la especie; pero los «*childfree*» son menos divertidos: protestan por el ruido que hacen los niños en los espacios públicos, o por la sobrecarga de trabajo debido al absentismo de los que tienen cargo de almas...

¿Qué replicaría yo, que soy *with child*, si tuviera que justificarme?

He tenido un niño porque sabía que me divertiría.

He tenido un niño porque he conocido a este hombre.

He tenido un niño porque soy partidaria de la reproducción de la gente bien.

He tenido un niño porque me dijeron que no tendría.

He tenido un niño porque la vida es mejor que *nada*.

Todas estas razones no son proselitistas. Hay muy pocas personas que yo desee que se reproduzcan.

No recuerdo qué humorista dijo: «Personalmente, yo no tendré hijos, pero los míos harán lo que quieran.»

Cuando contemplo al bebé, tan presente y tan extrañamente separado de mí, y tan decidido frente al mundo, pataleando, saboreando, escuchando, palpando, con la cabeza pelada desde la incubadora, me doy cuenta de que, por encima de todo, es él quien ha decidido su propia existencia.

*

Visito a mi mejor amiga. Tuvo una hija hace unas cuantas semanas, y desde entonces tiene la tele constantemente encendida. Las amas de casa, los vagos, los depresivos, los periodistas y los agentes de bolsa serán los primeros en ver lo que nosotras estamos viendo. Un avión se incrusta en el World Trade Center. La gente salta por las ventanas. El Pentágono está en llamas. Las torres se desploman.

Flashbacks de una absurda pasarela de cristal y moqueta, con puertas giratorias, que llevaban allí, caminábamos aprisa, impacientes y cansados, después de una pelea obsoleta con el padre del bebé.

Idea irreal, malsana, de saber que el bebé jamás conocerá esas torres, de no ser, tal vez, como el símbolo, la rui-

na simbólica, de algo que todavía ignoro, un Coliseo moderno.

Me preocupo por su futuro.

*

Hoy llega por correo un poema de Australia cuyas resonancias me alteran. Michelle A. Taylor, poeta y embarazada en el otro extremo del mundo, escribe sobre su embarazo, sobre las cerezas y sobre las tortugas. «*Your words are resonant to me*», me dice. Todo lo que es amistoso y alegre, consolador, es bienvenido.

*

Hoy el bebé tose. Pienso de entrada en un ataque bacteriológico.

Desde que he visto un reportaje en la televisión, estoy obsesionada con la idea de vacunarlos contra la viruela.

*

Hace mucho tiempo, en un área de autopista en Escocia, vi cómo una mujer cambiaba a su bebé encima de una mesa de picnic, debíamos de estar a cinco grados bajo cero.

Poco después, en Islandia, hileras de cochecitos aparcados a la buena de Dios delante de los supermercados, con los bebés dentro, dormidos en sus anoraks.

Y pasado un tiempo, en Texas, leí en un diario local que una pareja de turistas escandinavos había sido detenida por la policía: habían dejado a su bebé delante del drugstore mientras realizaban sus compras.

Esta mañana escudriñaba en un mercado los demás cochecitos, para ver qué ropa llevaban los bebés. Refrescaba más de lo previsto, el bebé sólo llevaba un canguro. He visto pasar anoraks, montones de jerséis, mantas, edredones de plumas. ¿Cómo se sabe cuándo sienten frío?

(Un canguro talla seis meses, con el auténtico bolsillo y los auténticos elásticos para anudarlo en la cintura, admirablemente inútiles; los K-ways de nuestra infancia.)

*

Entiende lo que se le dice: «Te voy a dar el biberón», segrega saliva. Si se le contraría retrasando su comida (porque hay que sacarle urgentemente una costrita de la nariz, porque necesita un babero para no manchar su elegante ropita o porque el biberón está demasiado caliente), protesta con vehemencia.

Frase mágica: «Puedes dormir» a veces le hace cerrar los ojos.

«Papá está a punto de volver» puede tranquilizarle.

«Eres el bebé más guapo del mundo», se pavonea.

¿Qué reino tiene nuestro buen Delfín?

Orléans, Beaugency, Nuestra Señora de Cléry

Vendôme aquí, Vendôme allá, Vendôme...

No ha tardado en establecer la diferencia entre la palabra y la canción. Las tres primeras notas le hacen arquear las cejas, sonrío, después río a carcajadas.

Ixil ixil dago
Kaia barreanean
Ontzi xuri polit bat
Uraren gainean.

Padre y madre, el patrimonio de cuentos infantiles: azares geográficos que convertirá, si se le antoja, en sus raíces; «haber nacido en algún lugar», como dice la canción.

*

Después de la llamada alarmista de un amigo londinense, el giro que adoptan mis pensamientos se me antojaba imposible: me sentía fatalista, flotante, incrédula, ahora soy esa madre que se pregunta, como de pasada, dónde encontrar en París una máscara antigás para bebés de seis meses.

*

Un día más con el bebé aquejado de dolor de vientre. Esperamos, él y yo, cada uno a un lado del dolor. Él se ahoga, yo no lo soporto, al acabar el día se calma. A la mañana siguiente está gruñón, no quiere dormir, no quiere pasear, no quiere callarse; ya no nos queremos.

Dejarlo allí, protegido entre dos almohadas. Tomar un café en el balcón. Ni una línea en los dos últimos días.

Esperar, durante todo el día, a que se duerma, esperar una hora de libertad.

*

Su abuela paterna le canta nanas y lo entretiene con marionetas.

Su abuelo paterno lo pasea con lluvia o con viento, y finge rudeza cuando en realidad se enternece.

Su abuela materna le mima en vasco y se preocupa en francés.

Su abuelo materno lo acuna haciendo tonterías dispuesto a cualquier compromiso a cambio de una sonrisa.

El tercer abuelo, compañero de mi madre, no le da el biberón ni le cambia los pañales, y apenas se atreve a hacerle cosquillas embelesado con la punta de sus manazas.

*

Todos se extasían. Es gracioso, risueño, atento, tranquilo, tan mono, tan bien hecho, es un chicarrón, es un pollito simpático, es un buen chico, es un conejito, es un buenazo, es un pillín.

Todos enloquecen por él. A mí me parece que tiene mucha suerte.

Sin ellos para relevarme, yo sería capaz de dejar plantada a veces a esta maravilla.

*

Acabo por descubrir que todas las madres pueden hablar de aquel día vergonzoso en el que entre los michelines de su bebé gordinflón descubrieron una pizca de porquería: la que se resiste al baño.

En la ingle, en un pliegue del cuello, de la nuca, en los hoyuelos de los puños, entre los dedos de los pies, en las orejas: bebés chow-chow, sacos de michelines.

Cuando alguno de los abuelos se lo lleva a dar un paseo, o cuando lo vigila alguna de las abuelas, yo no siento la menor inquietud, y sí un gran alivio: aprendo que alejado de mi vista él sigue existiendo, que puede vivir sin mí, que no se muere sin mí. Libro de mi omnipotencia.

La realidad —su existencia— dibuja poco a poco mi espacio, me separa poco a poco de él.

En cuanto me sienta suficientemente razonable para permitirme ir al cine mientras él está protegido —en lugar de trabajar o de guisar, de esforzarme en el rendimiento—, iré a ver la película de Dominique Cabrera *Le Lait de la tendresse humaine*, sobre esa mujer que se escapó cuando nació su hijo.

*

Dejar al bebé en la guardería para ir al cine, sola, a las dos de la tarde. Tomar un café mientras leo el periódico. Recuperarlo a última hora de la tarde, con aire de agobio.

Cuando tuvimos el primer contacto yo farfullaba al teléfono con la directora. Reaparece la antigua obsesión de que se reduzca la escritura, un trabajo, a una manía de mujer ociosa. Obsesión de que se piense que lo que yo hago no es un trabajo, y de que anulen *mi* plaza en la guardería.

Esta plaza depende del organismo donde trabaja el padre del bebé. Todas las guarderías de nuestro barrio tienen mil aspirantes. Sigue resonando en mis oídos el tono

de su negativa, la sistemática del ritual de humillación. Preferiría frases convencionales, rechazos cliché desprovistos de sentido –del tipo que utilizan sabiamente los editores– pero que, por lo menos, despersonalizan la afrenta.

*

Desconecto el teléfono durante la siesta del bebé. O bien, si contesto, lo hago susurrando. Los que me escuchan se irritan.

El padre del bebé al teléfono: le paso a su hijo, que escucha, intrigado, y contesta «e-e-e-eh».

Que estén o no las voces relacionadas con cuerpos, que existan varias casas, varios países, que el mundo se divise desde la ventanilla de un tren o quede inmovilizado en una habitación, que los padres desmaterializados aparezcan sobre una pantalla, que los árboles sean verdes, el cielo azul y las naranjas anaranjadas, son datos del mundo equivalentes para el bebé, con los cuales él se construye.

*

«Diabólico», «guerra santa», «cruzada», «el bien y el mal»; cuando el bebé me pregunte si Dios existe, yo le contestaré que espero que no.

*

Comienzo a decir a mis allegados que escribo un nuevo libro, por primera vez una historia de vida: un libro sobre «el bebé». «¿Y cómo termina?», pregunta, provocador,

alguien habituado a mis fantasmas. Risa aviesa, y toco discretamente la madera de mi silla.

*

Desde hace por lo menos tres semanas el padre del bebé cree que éste tiene unos cojones demasiado grandes.

A mí no me lo parece. Pero yo sé poco de eso.

«Mi hijo tiene unos cojones demasiado grandes», ésta es la frase impronunciable que él se compromete a enunciar en su encuentro con el médico.

Estoy impaciente por que llegue el momento.

*

Esta mañana, gritos del bebé a eso de las siete. Su padre está de viaje. A mí me castañetea los dientes, me duele la garganta. La habitación da vueltas. Ya no me quedan biberones en la nevera. El bebé aúlla, lo cojo en brazos. Con una mano diluyo la leche, le doy vueltas, la caliento. En el último momento, se vuelca.

Aporreo la puerta del salón. Mi padre está pasando el fin de semana aquí, dormido en el sofá. Le planto al bebé espumeante entre los brazos y reanudo la maniobra. Doscientos diez mililitros de agua, siete cucharadas rasas de leche en polvo. Existe una leche de segunda edad en botella pero la hemos terminado. El bebé, que no ha comido desde ayer, pasa a los insultos, a las manos. Oigo vociferar a mi padre en traducción simultánea: «¿LLEGA, ESE BIBERÓN?»

*

«*Tota mulier in utero*», la mujer está totalmente en el útero: Sócrates reserva en exclusiva para el hombre la Razón. Rousseau considera indigna a la mujer que escribe en lugar de ocuparse de sus hijos. Este programa de radio reúne a cuatro o cinco mujeres que deciden, a propósito de desear un niño: «Se trata de un insondable misterio que hace que la maternidad resulte inexplicable para el filósofo.»

Me río sarcásticamente en mi cocina.

Espero de esos investigadores aquello de lo que yo me siento incapaz, una teoría del bebé, por lo menos un esbozo. En su lugar, la voz-mamá: esos tópicos que todo el mundo considera propios porque resumen tan bien, y tan pobremente, la experiencia personal y banal de la maternidad. Voz basada en el misterio, vibrante con su sacrosanto misterio; su misma tesitura, su femenina melodía gutural: el misterio para hacer impensable lo que nos separaría de los hombres y para transformar la filosofía en cotilleo.

El bebé vuelve idiotas a las mujeres.

*

El pediatra a quien mostramos, indecisos, los cojones del bebé, nos manda urgentemente al hospital.

Soy la peor de las madres. Me he tomado a la ligera, como una broma, el cáncer de testículos de mi bebé. Van a cortárselos. Sarasine, Abelardo: ¿es posible vivir feliz vi-
viendo castrado?

Es un problema benigno. Un cirujano rodea la zona afectada con una especie de celofán anestésico, mientras

una enfermera canturrea unas nanas. Un poco de gas hilarante, y en pocos minutos el agua que hincha su escroto queda extraída.

El alivio me pone histérica. Felicito, agradezco, admiro ruidosamente el protocolo antidolor (analgésico).

Si el problema reaparece, habrá que operar. La idea de una anestesia general me angustia, pero la peridural, nos cuenta el cirujano, tal vez sea posible. «Se quedará hemipléjico», le digo al padre del bebé, «siempre es mejor que muerto.» Me fulmina con la mirada, después le asalta una risa incontenible. Es posible que yo sea la peor de las madres, pero el padre del bebé está enamorado de mí.

*

De nuevo en el tren. Hundido en su asiento como un enanito, el bebé, al lado de la ventana, sostiene firmemente su jirafa. Ve desfilan los paisajes con una leve arruga en la frente, atento, asombrado, serio.

Al cabo de cinco horas de viaje, acoge con sonoras carcajadas a mi madre. El eficaz cerebritito ha memorizado a las personas que quiere; y establece una diferencia entre aquellas (puericultoras, canguros) que son amables por profesión, y aquellas o aquellos que, aunque sean torpes, se ocupan de él con amor.

A los desconocidos les sonrío por si acaso, agitando las pestañas: «Yo soy amable.» Prudencia, oportunismo, curiosidad del hombrecito que reconoce su especie, no sé lo que hay detrás de sus sonrisas. Pero cuando intuyo el candor, lo deploro por los golpes que recibirá.

*

Hemos comprado una cámara de vídeo. El bebé de la pantalla parece más real, delimitado, tangible, que el bebé que está en mis brazos, esta nebulosa, esta criatura a la que tendría que comerme o violar para saciarme finalmente de ella.

*

El truco del día: fatigada de las proyecciones y la lentitud de la cuchara, invento el batido para bebés, un cóctel de compota y de leche que él se toma en el biberón sin tener que darme la lata. En cualquier caso, a los dieciocho años ya sabrá comer con cubiertos.

*

Cuando le filmo deja de reír o de estar tan mono: escruta la cámara, sorprendido. En todas las imágenes, la misma expresión: se pregunta qué estoy haciendo.

*

Mañana de domingo, a las once, nos despertamos plácidamente: ¿cómo ha aparecido en nuestra cama? ¿Nos ha condicionado hasta el punto de que, sonámbulos, nos rendimos a sus llamadas?

Aunque nos despertáramos al mediodía, él esperaría tranquilamente, sin reclamar su biberón, por el placer semilícito de estar en la cama con nosotros.

Un hombre y una mujer amontonados en una camita, tres niños dormidos en el lecho conyugal: este anuncio de muebles me molestó, antes del nacimiento del bebé.

«Tenéis que ser precavidos, encargad una cama grande», nos habían advertido, sin embargo, unos amigos.

Jonathan Coe, escribiendo para una revista sobre su vida como padre de familia: «Diríase que los misterios se encadenan, así que cae la noche en nuestro apartamento. Los cuatro pasamos de cama en cama, siguiendo aleatorias coreografías de sonámbulos.»

«¡No querrás hacer que se duerma de nuevo en su cuna!», exclama una amiga, madre de tres niños. «Acabará agotada, y de ahí no puede salir nada bueno.»

*

Veo un programa en el que unas jóvenes se someten a unas pruebas para llegar a cantantes. «Para que mi hijo se sienta orgulloso de mí» es la motivación de muchas de ellas (jamás «mi hija»).

A mí esta frase no se me ocurre. Sin duda es un privilegio: no tener que justificar mi vida y mi trabajo desde el punto de vista de mi maternidad.

*

Giggle: el francés carece de palabra para la risa infantil, un cascabel en el fondo de la garganta, la boca hendida sobre una prolongada *i*. A solas con él en el coche modulo al azar unas letanías de palabras, en inglés o en español,

para intentar entender, por contraste, mi lengua, para intentar entender lo que él oye.

Un equipo de la televisión vasca que ha venido a entrevistarme le dice palabras cariñosas en la lengua de mi infancia, la que me hablaba, para las palabras amorosas, mi madre, aquella con la que ella compartía los secretos con mi abuela: yo he olvidado el vasco.

Cuando mi madre habla su lengua con el bebé, yo lo acepto por el recuerdo, les permito esta connivencia. Pero cuando lo hacen unos desconocidos, tengo la impresión de que me lo arrebatan. Él gorjea, feliz, atrapado por un mundo que fue el mío y que ya no lo es. Me siento en peligro, como si fuera a pasarse al otro lado, a traicionarme con no sé qué enemigos, con mi propia infancia.

Qué pobreza hablarle una única lengua, a él, que podría absorberlas todas. Cuando practico el inglés, ¿se da cuenta del artificio? Protesta.

*

En el coche se impacienta. Como no sé qué hacer, le doy un poco de leche. Él cree que ha llegado la hora de la comida: la situación empeora. Sin acabar de creérmelo, incómoda, me inclino hacia él y le cuento la verdad: le he dado leche fuera de hora, tendrá el resto más adelante. Se calma inmediatamente, e incluso me sonrío.

La única cosa con la que no conviene bromea con él es la comida. «Igual que su madre», dice el padre del bebé.

*

Curiosidad, deseo de exploración: me gustaría manosearle algo más de lo habitual para observar las reacciones de su pene. Ahora bien, yo no necesito ninguna aportación de la realidad para escribir este libro evidente, un incesto entre madre e hijo. Basta con imaginar, con dejarse llevar por la pendiente del pensamiento, de la ficción. Cuando le quito el pañal, en ocasiones su sexo casi es inexistente, como una espiral encima del escroto: un poco de piel arrugada; a veces está enhiesto, erguido, chocante y bonito a un tiempo, una polla de dos centímetros. Si la escritura afronta la maternidad, lo hace en ese lugar del mundo, la polla de mi hijo, y en ningún otro. Se trata de nuevo de una visión angelical de la escritura, una frase que escribo por el placer de las palabras: la polla de mi hijo, la polla de mi hijo.

En el supuesto de que se planteara la pregunta (y yo no lo creo) de si tiene que *perdonarme* este libro, ¿qué dirán de él sus hermanos o hermanas que —tonel de palabras vaciado sin duda— no lo suscitaron de igual manera en su madre?

Ese libro incestuoso tendría un ritmo alegre, besos, caricias y gestos exagerados, cierto exceso de efusividad, de soledad y de abandono, en una pareja que sin embargo se ama, más niños sin duda, una hermanita que aparece para estropear las cosas, mucho sol, un jardín; y la ausencia de uno mismo en la piel de la madre, de la primera persona, por la estructura.

Ninguna intención es pertinente en sí misma: un libro sólo adquiere su necesidad en la escritura efectiva, en su mirada: en su capacidad de explicar el mundo. Deter-

minados libros fantasmas sólo nacen, al contrario que las frases, para alimentarlos por capilaridad.

Proyectos:

Una novela en la Antártida, *White*, en dos partes diferenciadas.

Una trilogía, *Géographie*.

La Princesse de Clèves, a escribir fragmentariamente, como un móvil de Calder.

Una *Mary Stuart*.

Una obra de teatro para una casa encantada.

Un guión de cine para mi amigo Glen.

Libros para niños en los que se leería «hacer el amor» y «Dios se le apareció bajo la forma de un conejo de las nieves».

Así como:

Tener otro niño con el padre del bebé.

Adoptarlo.

Vivir en Australia, en el País Vasco, en las Aleutianas.

*

Largo fin de semana en mi pueblo natal. El viento del sur acerca las montañas y refuerza el azul del mar, el verdor de los árboles, con un azul y un verde elementales, de la infancia. Roce, crepitación, un aleteo de calor hogareño en pleno verano. Treinta grados de temperatura. El mar es completamente nuestro.

Nos lo imaginamos algo mayor, con su cubo y su pala; o delante de las focas del Museo del Mar; o con unas botas amarillas en los charcos de quisquillas. Cuando nos

inclinamos sobre él en su cochecito, parece por contraste extrañamente real: él y no otro, aquí y ahora.

Cada vez nos lo imaginamos menos, cada vez está más presente.

*

A mi madre: «No he dormido en toda la noche.» Ella: «¡Pobre bebé!»

A modo de despedida, en el andén de la estación: «Tiene calor, ¿no te has olvidado del biberón? ¿Lo cambiarás en el tren? No lo zarandeas de esa manera, me das miedo.» Hace menos de un año se preocupaba por mis ojeras, por mi vida, por si me había traído un sándwich, por si cuando llegara tendría comida en la nevera. La maternidad se salta un eslabón.

La paternidad también: mi padre, que se jactó más de una vez de haber cerrado la puerta ante mis llantos, salta sobre el bebé al menor chillido.

Mi madre: sonrío desafiante al contar que su propia madre sólo pensó en nosotros, sus nietos, a la hora de repartir sus cuatro trastos en su lecho de muerte.

*

Cuando yo era un bebé de seis meses vi caminar al hombre en la Luna. Mis padres me despertaron en plena noche para colocarme ante la tele. Me gusta que tuvieran esa idea, me gusta lo jóvenes que eran.

Cuando yo era un bebé recibí dos golpes en la cabeza:
1) al resbalar del hombro de mi madre, que, cargada

con las compras, intentaba subir la escalera del parking;

2) al saltar de los brazos de mi padre, que me hacía brincar por el aire demasiado cerca del techo.

Me encanta la simetría de estos relatos cruzados: una caída y un lanzamiento, el suelo y el techo, mi madre y mi padre, las tareas y los juegos.

Cuando yo era un bebé «nunca decía nada».

«Hablaste a los diez meses y no caminaste hasta los dieciocho.»

Tenía un eritema en las nalgas. Lavaban mis pañales con Stérilange. Entonces no existían los pañales desechables.

Era difícil de calzar.

Comí excrementos de serpiente confundiéndolos con golosinas.

Mi primera tata tenía crisis de *delirium tremens*, pero mis padres tardaron en enterarse.

Era tan tragona que había que agrandar el agujero de las tetinas de mi biberón.

Llevaba baberos de esponja y encaje, que mi madre me ha dado.

Llevan bordado mi nombre.

No paro de manosearlos.

Aquí está la ficción.

*

Hoy en el jardín de Luxemburgo, bajo las nubes rápidas, rodeada de una luz espectacular, sé por qué amo París.

Soy rápida, alegre, pero estar uncida a mi cochecito siempre me resulta una humillación. Los pasos se acortan, es preciso maniobrar, frenar, esperar al pie de las escaleras. Para la mitad del mundo —los más jóvenes y los más viejos— me he vuelto invisible: los estudiantes sentados en círculo en las avenidas gruñen, estorbados por mi carruaje: soy respetable; para los más viejos, hay demasiados inconvenientes: eso siempre acaba por golpearle a uno en las piernas.

Los restantes, los que se paran para ayudarme dándome conversación, son los que ya tienen unos cuantos chiquillos, y cuya mirada está acostumbrada al deseo sobre las madres. Jamás había charlado con tantos cuarentones bien conservados, encorbatados, que entre dos citas cruzan los jardines a grandes zancadas.

Duermo un poco menos que antes. Se me marcan las arrugas en el entrecejo y bajo la nariz. Ayer el padre del bebé efectuó a mi alrededor la danza del apache: había descubierto mi primera cana.

*

La guardería, la jungla. Doce bebés metidos en un desastre de cubos y de osos. El mayor de ellos, asentado en sus ocho meses, domina con un aire ansioso masticando su chupete. Otro pequeño está de bruces y aullando; un tercero le mira, pensativo, y después le golpea metódicamente con la ayuda de un sonajero. Una puericultora interviene: el agredido, en sus brazos, triunfa, el agresor vocifera despedido. Otro lleva cinco minutos con la cabeza hundida en una almohada. Patalea. Y otro de ellos está desesperado, no se sabe exactamente por qué. Su vecino vomita de risa.

El bebé, en mis brazos (es la «semana de adaptación»), observa con distancia, interrogándome frecuentemente con la mirada para comprobar que seguimos estando de acuerdo.

Pobrecitos, piensa el bebé. No tienen mamá.

El mundo exterior, la guardería, los demás: metáforas, piensa el bebé.

A la mañana siguiente, cuando volvemos, me mira preocupado: ¿de modo que va en serio?

Unos lagrimones en sus mejillas, me implora. Soy un monstruo.

Afortunadamente, mañana le acompañará su padre.

*

Delante de sus semejantes, el bebé se siente intrigado. No les sonrío: los estudia. Desde el primer día, derriba el castillo de cubos, balancea los tentempiés, sacude los pórticos y se vuelve, pum: igual que todo el mundo. Cantidad de cosas de las que no le sabíamos capaz, estúpidos de nosotros, que le proponíamos siempre su jirafa. Los que siguen sentados le dejan boquiabierto. En tres días crece tres semanas. Cuando nos encontramos por la tarde, quiero que vuelva a mí, sofocarle, frenarle; bebificarle con mimos que considero consoladores.

Se adapta mejor que yo.

Pronto podré escribir sobre otra cosa.

Además he vuelto a tener la regla: creo que a eso le llaman el «retorno de los paños». Ahora entiendo esa expresión de maruja: es cierto que ha salido de mí, está en el

mundo: he pasado una página, ha transcurrido un año..., ciclo terminado, rueda que arranca de nuevo... Resonancia íntima y dulce, un poco tonta, entre los tópicos y la maternidad.

*

El bebé está en la guardería. En lugar de trabajar, y con el pretexto de copiar unos vídeos, me paso la mañana delante de las imágenes de mi hijo.

Compro, forzosamente, la crema con la que se supone que le dejaré las nalgas sonrosadas. Descubro que este clásico de la puericultura huele fuertemente a pescado. «Aceite de hígado de bacalao», señala la composición. Un niño lloriqueando delante de una cuchara, una naranja en Navidad, unos caballos, un aro..., un cuento heredado de un abuelo, o tan bien implantado en mi memoria colectiva que el aceite de hígado de bacalao, ese reconstituyente caído en desgracia, forma parte —lo desconocía— de mi patrimonio.

Las toallitas impregnadas de loción, para limpiarle si fuera necesario, también tienen un olor muy fuerte, un perfume acre y a polvo. Basta un solo paquete abierto para impregnar el cuarto de baño. Poco a poco asocio ese olor con el hecho de cambiarle. Un día abro un paquete nuevo y retrocedo, pasmada: huele a mierda.

Un amigo me cuenta que antes los biberones eran unos cucuruchos largos de madera que el lactante chupaba por el extremo más fino. Existían también unos cubiletes provistos de una lengüeta para que la leche fluyera en la boca. Las bacterias se maceraban en las ranuras: mata-

ban a los bebés con la leche cuajada. Un objeto tan sencillo como la tetina de caucho, para cerrarle el pico a la Parca.

*

Una pareja amiga nos cuenta cómo ha muerto el bebé de unos amigos suyos: tenía la cama debajo de una ventana, quiso agarrar la cortina, sus padres lo encontraron colgado del cordón.

Vaya catástrofe, como para volverse loca, creer en la malevolencia de las cosas: en la existencia de la muerte como algo al acecho, dispuesto a condenar la cotidianidad.

Nuestro apartamento se ha resentido: es una trampa, un foso erizado de alfileres para el bebé, un nido de nudos corredizos, de víboras. Nosotros neutralizamos las asas del cesto: ¡somos unos criminales por no haber descubierto la esencia letal de este objeto!

Mis neuronas luchan contra estas historias como glóbulos blancos contra una infección.

La verdad es que por culpa de ellas no hemos contratado a una canguro: todos los padres conocen los rumores acerca de aquella pareja que descubre en la cuna el pollo de la cena, y al bebé —¿dónde, el bebé?— asado en su punto en el horno.

Peligros objetivos: enchufes, objetos pesados que caen, objetos cortantes si se rompen, objetos menudos que se tragan, productos tóxicos, fuentes de calor. Más adelante, con calma, cuando empiece a gatear, intentaremos estu-

diar el apartamento no con los ojos fantasmales de la muerte sino con los suyos, exploradores: un campo de juego visto desde una altura de setenta centímetros.

*

Las puericultoras de la guardería nos piden una cámara de fotos desechable para inmortalizar las risas del bebé. «No hay nadie que haga lo que él hace, que sea como él.»

(Más adelante descubro que todos los bebés de la guardería tienen su cámara de fotos.)

*

Le preparo un puré de verduras, zanahorias nuevas y nabos de Touquet, pelándolos bien, raspándolos bien, y lo pruebo: delicioso. Él abre la boca confiadamente, tiene hambre; después me mira como si pretendiera envenenarle. Dos regueros rojigualdos corren por las comisuras de sus labios. Una repugnancia radical se lee en su rostro, pero él me contempla sin animosidad: sin duda me he equivocado, eso no puede ser comestible. Yo insisto. Él abre la boca de par en par, emite curiosos sonidos guturales, y vomita tranquilamente lo poco que se ha tragado: inconcebible que esa sustancia permanezca un segundo más en su cuerpo.

*

Al buscarle con la mirada en la guardería, descubro a un bebé que se le parece. No viste igual, rememoro las rayas de esta mañana, éste va de azul. Paso varias veces delante de él, mi hijo, sin reconocerle. «¡Está ahí!», ríe la

puericultora. Se ha ensuciado y ella lo ha cambiado. Reconozco el pijama antes de descubrirle a él.

Cabeza redonda, vientre redondo, ojos redondos, frente amplia, nariz redonda y boca redonda. En esta guardería hay bebés cúbicos, triangulares, ovalados, bebés romboidales y bebés en forma de pera; mi hijo es esférico, pues lo he visto objetivamente, antes de ponerle un nombre a esa cara, antes de que los duendecillos de nuestra intimidad vuelvan a bailotear en mi mirada, confundiéndome la vista, abriéndome otros ojos debajo de mi gorro.

*

Es un ser al que se le ha echado una maldición: ha sabido hablar, caminar, sentarse correctamente, pero una maldición le mantiene en esta envoltura menuda y torpe.

Yo conozco a la criatura adulta atrapada en esta carne; ya la he encontrado, voy a sacarla de ahí: pero su rostro siempre se me escapa, llevo su nombre en la punta de la lengua.

El contraste entre la importancia de su función —el bebé— y sus facciones sonrosadas, entre su lugar en la familia y su apariencia bonachona, crea esa tensión, esa engañosa familiaridad: nosotros nos lo tomamos en serio pero riéndonos afectuosamente; le tratamos con unos «Señor» de carnaval. Es el embajador de un país diminuto, sin poder efectivo, pero cuya posición geoestratégica nos incita a las mayores consideraciones.

*

Leo que uno de los kamikazes del 11 de septiembre había dejado como exigencia testamentaria, entre otros

delirios de odiosa pureza, que ninguna mujer embarazada asistiera a su entierro. ¡No a las mujeres embarazadas! ¡Viva la muerte!

*

El regreso de la guardería: cuarenta y cinco minutos de cochecito a través de París: el jardín de Luxemburgo, los jardines de Port-Royal, después los bulevares del distrito XIII, los polvorientos castaños de las calles laterales; o bien, si llueve, el autobús número 21 y sus problemáticos peldaños de acceso, desafiar la prohibición, la reprobación de los conductores, la multitud gruñona, el tufo, el vaho; la barra de pan en la panadería de al lado, liberar una mano para recoger el correo; el ascensor, en el que las ruedas encajan al milímetro, buscar la llave en el fondo del bolso; y abalanzarme sobre la cama con el bebé. Permanecemos en silencio encima del colchón, con los alientos pegados, permeables, al calor del otro. Echado de espaldas, él mueve un pie, agarra la punta de una sábana para masticarla..., después sus movimientos se apaciguan, las olas se alejan de él, bajamar, varada. La piel de los pliegues de su cuello es de una suavidad de melindro. Paso a un estado de semiinconsciencia, los ojos cerrados, el cuerpo estático... Retazos del día, algunos lugares, estanque de la Villette, chapoteo a ras del muelle, y los molinos que señalan la entrada del pasaje: subo la cuesta a lo largo del campo de maíz, arranca el autobús escolar, los neumáticos trazan unas bandas negras a través del hilillo de agua que brota del macadam..., tres caritas en la parte trasera, naricitas dibujadas en el vaho...

el ruido de una llave en la cerradura, chispazo eléctrico entre el bebé y su padre: las correspondencias entre los

espacios y los tiempos se estabilizan, su cuerpo y el mío se delimitan, me despierto, estamos juntos.

*

Ahora identifico a los pequeñajos: los rasgos que tendrán más adelante todavía no están diluidos en las gordinflonas mejillas de los bebés. La nariz, los ojos, la boca se apretujan en el fondo, un puño cerrado: habría que hincharlos con helio para ver asomarse un poco de suavidad, de guapura. Estos concentrados de ser no bromean, están ahí para ocupar su sitio.

*

El bebé se ha metamorfoseado en tubo: por arriba, está semiobturado, tose, zumba; por abajo, se vacía en unas cagarrutas muy poco humanas, unas bolitas verdes con olor a petróleo.

Bronquiolitis.

El kinesiterapeuta aplasta al bebé, le trabaja el tórax, planta sus pulgares en su laringe rodeándole con ambas manos el cráneo, finalmente le hunde cuatro dedos en la garganta para extraerle unos nidos de flemas.

Parecen venir de todas partes, haber inundado los canales de sus bronquios y los de su cráneo, atascado venas y arterias, hasta los glóbulos de los ojos: bajo las manos del masajista que le aprietan, el bebé escupe su virtud y vocifera.

No acaba de creérselo (nosotros tampoco). Al primer movimiento sobre su vientre, se ha reído; después se ha muerto de miedo. Nosotros nos hacemos los padres modernos: «Este señor no te quiere hacer daño, lo que quiere

es curarte.» Me entran ganas de llorar. El señor es un hombre más joven que nosotros, lleva treinta y tantas urgencias del domingo, esta epidemia de bronquiolitis le agota, él también tiene hijos, no ha venido para hacerse el sentimental. Creo que preferiría que nos calláramos.

Está atascado: otra friega con estropajos. Está completamente atascado: lo desatascan. Esta kinesiterapia respiratoria es el único tratamiento contra la bronquiolitis: estaba sucio, ahora está limpio. Inmediatamente vemos el resultado: el bebé funciona mejor.

Se duerme en nuestros brazos, agotado, la respiración fluida.

Una sesión al día, quince días.

*

Evicción, nuevas palabras corren por nuestro vocabulario, ésta va acompañada de suspiros: el bebé es demasiado contagioso para ir a la guardería.

*

Mi cuarto de trabajo, sumariamente dividido en espera de que nos mudemos de casa, también es su dormitorio, atestado de revistas, impresoras, faxes viejos, juguetes, cartas...

Busco un libro, derribo el montón: se despierta. De repente se queda azul, rostro demudado: recupera el aliento con la estridencia que delata su pánico.

Me pregunto para qué le sirve ese reflejo: sería incapaz de escapar por sí mismo a un peligro. El bebé es la única criatura del mundo que sólo está dotada, como medio de

defensa, de una sirena, ciertamente poderosa. Pulsar la alarma y esperar la ayuda sustituyen en su caso las patas para correr, el chorro de tinta para cegar, las garras menudas.

Sin embargo, se agarra a sus cubos como un cachorro, por no decir como un leoncillo; y se arroja encima con ferocidad, royéndolos con rabia. Pero ¿mordería si se los quitáramos?; nos mira con estupor, amable, curioso, buen salvaje.

*

La hija de mi mejor amiga grita como una cría de león marino. El bebé, por su parte, tiene un vibrato en el fondo de la garganta, un polluelo de arrendajo. Unos sonidos que sólo son suyos, que ni se prestan ni se intercambian, al contrario que el futuro lenguaje.

«Los elefantes hacen lo mismo», explica mi amiga a su hija bramadora. Las crías de los humanos están explícitamente educadas contra los animales.

*

Desde hace seis meses, en estos cuadernos y en mis gestos, yo emperifollaba al bebé con amuletos y sortilegios: se vuelven contra mí. (No jugar nunca con los amuletos.)

Tumbada en la ambulancia, París por encima de la cabeza, copas deshilachadas de los árboles, piedra clara de los pisos superiores, el cielo en cintas azules en el pasillo de las calles; pienso en el bebé, tacatum tacatum, transportado en su cochecito.

Calor materno y enfermizo de la morfina: dejarse llevar. No necesitar nada.

Las enfermeras articulan y hablan en voz alta. Se apresuran, sádicas o tiernas. Me zarandean, me lavan, me arropan. Me riñen para que coma, me apagan la luz para que duerma. Estoy de espaldas y me intereso. Paso un período de prácticas como bebé.

El personaje de *E.T.* acude a mi cabeza como un relámpago: el calvario de un extraterrestre adulto adoptado por unos niños.

Creo entender también que las espirales blancas de donde salen los bebés son las espirales negras en las que se precipitan las personas: $+1$, -1 , ping-pong metafísico, crepitación de una calculadora que se ha dejado encendida en un despacho vacío.

Todo es límpido, coherente.

Un día, entre dos puertas, me asoman al bebé. Mis gestos son trabajosos, grita de frustración y de incredulidad: no puedo acariciarle, abrazarle, levantarlo. El vínculo está suspendido, estamos interrumpidos. Nuestra conversación sólo existe en la intimidad, en el flujo rutinario, una canción propia y que se exporta con dificultad. Viento frío del vestíbulo, bajo la luz glacial, soberbia, de las torres de Notre-Dame. Lloro. ¿Ya me ha visto llorar? Se vuelve alarmado hacia su padre. Después me reconoce. Lloro y río a la vez. Todos los campanilleos del Hôtel-Dieu rodean y bendicen nuestra santa familia. Toda la desdicha del mundo, las familias desestructuradas, los cánceres, los incendios, se abaten alrededor del bebé en la campana mayor de Notre-Dame.

Pero así es desde el comienzo. Así es desde su nacimiento. Esta burbuja asediada, esta locura de la fragilidad; como si la burbuja estuviera invadida de vasos que se pegan al mundo con mayor intensidad, con mayor soledad auténtica, que cuando yo estaba sola, y la muerte estaba en otra parte.

*

A mi vuelta, llora al verme con sollozos maduros, envejecidos. No es un bebé irritado por la opacidad de las cosas, es un niño desesperado por esta revelación: yo soy su madre y puedo no estar ahí. Ha navegado como Ulises, costearo: la ausencia, el viaje, lo ha sumido en el tiempo, asombrado tal vez, pero participando en la vida de los isleños, comiendo y durmiendo, sin dejar de avanzar. Al igual que Ulises siente la nostalgia del regreso: es la visión del país de antes lo que le conmociona, le hace tomar conciencia del alejamiento y de la carencia; las orillas se cierran como una válvula, ahora es él quien hace estallar el escándalo.

La directora de la guardería nos había advertido: los niños gritan cuando son abrazados con excesiva prisa por su madre impaciente: se dan cuenta de que ella no estaba allí, ya que la tienen de vuelta.

Es posible que los bebés huérfanos se refugien en ese tiempo paradójico, en el flujo de los biberones, de las siestas, de los besos de los demás... En una ausencia, un desgarramiento, que nada acaba de confirmar... ¿Estupefactos hasta qué arribada?

Ocho días sin él: nada y mucho. Dejo pasar el drama. No lo he echado en falta. He descansado de él, era abs-

tracto, lejano: yo todavía no lo llevo en la piel. Era verle de nuevo, entre dos puertas, lo que me desgarraba. Canturreo sin convicción nuestras cancioncillas habituales. No encuentro el tono. Todo lo que le digo suena a falso, suena a bebé: me escucho y me contemplo actuando. Llevo una ropa demasiado grande, represento un papel: mamá. Este episodio me ha agotado. Tomo conciencia, también yo, de que estábamos separados.

Es un amor recíproco y frágil, como esas fuentes japonesas llenas de vasos comunicantes, aquí cae una gota que derriba allí una copela... ¿No me sonrío? Yo estoy distante. ¿Busco mis gestos? Él no encuentra los suyos. Nos esperamos, solitarios. Durante dos días, cuando despierta de su siesta y me ve, tiene un ataque de nervios, inconsolable, vengativo. Yo sólo me ofrezco a medias. Mis brazos se abren con reticencia, temo los desaires. Me ha abandonado el don. ¿De modo que no lo amo incondicionalmente? ¿Lo amo si él me devuelve el amor?

Alimentarle, cambiarle, bañarle: tareas titánicas. El trayecto a la guardería: atravesar el océano. Durante mi ausencia el padre del bebé ha buscado apoyo en su familia. Ahora le toca a mi madre. El espacio del apartamento está tejido de vínculos. Veo las guirnaldas festoneando nuestros cuerpos, uniéndolos y entrecruzándose, arrojadas desde mi cama a los brazos de mi madre a través del cuerpo del bebé. Tropiezas, te lías, te atascas. Años diciéndoles a los padres que ya no los necesitas, y aún los tienes, umbilicalmente al quite. Tranquila, sin rencor, sin deuda, escucho el vasco bajo mi edredón. *Ikasten ari naiz.*

*

En mi ficha médica, leo: «profesional liberal».

Proyecciones, deslizamientos a partir la palabra «novelista», a partir de esas mujeres, su mala vida. Hugo, Zola, o Guy des Cars.

«Si quiere tener más hijos, tiene que descansar.» Dormir, dormir, sestear: ¿sólo entonces el repartidor de bebés llamará de nuevo a la puerta?

*

Cuando está sentado —para lo que necesita ayuda— le quedan liberadas las manos: en seis meses ha sobrevolado los millones de años que separan al Australopiteco del Neandertal. Sabe sujetar con la punta de los dedos, delicadamente: su fuerza de bebé se agiliza. Todavía no sabe soltar las cosas cuando se le pide, pero se acuerda de los monos para acercar con un pie los objetos que se le escapan.

Busca la mirada, sonríte, ensaya nuevos gritos: ¡*Ka-yai!* ¡Victoria!

En la bañera, golpea el agua con la palma de la mano. Las salpicaduras le ponen una cabeza de César, peinada a la romana, gloriosa.

Alejado de mi mirada, el bebé ha cambiado, ha crecido.

*

Apenas restablecido, recae en la bronquiolitis.

Odio los microbios.

La bronquiolitis es un virus, me recuerda el padre del bebé.

Gallinas, vacas, abejas, bicicleta: su imaginario está lleno de lo que todavía ignora. Fotografiamos su biberón, su jirafa, su cochecito, a sus abuelos, también a nosotros, y se lo damos todo en un álbum de plástico blando, que se pueda masticar.

He anulado unas conferencias, *poor little rich girl*, un viaje a África. Quería estudiar en el Louvre, los niños Jesús y los querubines, cómo se pinta a los bebés. Este domingo no he podido acompañarle al parque.

Pues bien, ha descubierto los patos. Gritos, risas, manos al cielo, bailoteo de pies: por primera vez —me cuenta su padre— es sensible a la presencia de unos seres que no son humanos. Yo habría dado África y el Louvre por ese momento.

¿Casualidad o coincidencia? «Dame la jirafa»: lo hace. «Enséñame la flor»: sus dedos se posan sobre la imagen. «Mira a papá»: gira la cabeza. Infravaloramos al bebé. La primera vez que sus dedos se han juntado sobre su biberón, creímos, ya, en una afortunada coincidencia.

Y cuando diga «ma» y «pa», cuando reduplique esas sílabas, ¿seguiremos creyendo en la casualidad?

Se apodera del mando de la tele, pulsa los botones, índice en ristre. Nos extasiamos. Con decisión lo engulle hasta la glotis.

Cuando le leemos un cuento, él sabe lo que estamos haciendo: nosotros sacamos de esas páginas, de esas letras y de esos dibujos, un discurso que sólo se dirige a él, idén-

tico y renovado, y que permanece en el libro, indefinidamente accesible. Nos mira, mira el libro, está extraordinariamente atento: «sabio».

Pronto identificará al conejo del cuento, la vaca o el elefante, pronto sabrá jugar con la representación. Todavía no sabe descubrirnos detrás de una máscara; pero se ríe cuando fingimos que le comemos los dedos.

*

Desde mi ausencia el bebé ha pasado a ser dependiente de su chupete.

O bien: es así porque ahora es capaz de ponérselo y de quitárselo a su antojo. Sus dedos agarran con precisión la anilla, sabe apuntar a la boca, es autónomo.

A veces se obstina en colocárselo al revés. Su rostro se crispa. Nosotros le ayudamos. Sus facciones se relajan en cuanto la goma ha rozado sus labios, su mirada se vacía: un toxicómano apaciguado por su manía.

Para reírnos, me lo pongo en la boca. Él me mira horrorizado: es un gesto monstruoso, pone en cuestión todo lo que él sabe.

Ante la vista del bebé con el chupete en el pico, el kinesiaterapeuta se escandaliza: ¿deformación de los maxilares, del paladar, de los futuros dientes, secuelas sobre los huesos del cráneo, sobre la trompa de Eustaquio, sobre el canal lacrimal, insomnios, problemas gástricos, trastornos salivales, desarreglos neuronales, sonambulismo, estrés! Al enterarse de que en la guardería cada niño tiene el suyo, entra en trance. Una fractura ideológica desconocida recorre el mundo en este lugar.

*

Hay fabricantes que realmente piensan: existen chupetes fluorescentes que el bebé puede encontrar de noche, sin molestar a nadie.

*

Siempre me ha gustado mucho la mañana: el olor del pan y del café, el aire penetrante, las ideas claras; la perspectiva inmediata de escribir; el ruido de fondo de la radio, los pájaros en el álamo, el tiempo que hace en la ventana.

Ahora se le añade el toque abizcochado de su biberón con cacao. La apoteosis del *home sweet home*.

*

La fidelidad sexual nunca ha sido un objetivo en mi existencia.

De todos modos: los pocos meses que hemos hecho el amor con la idea de tener un niño

—es amor cargado, a un tiempo demiúrgico y calculado—, el riesgo de no estar *segura del padre* es algo que no habría asumido.

El espectro más terrible que yo podía convocar sobre una cuna.

*

Una noche, en la maternidad, bajé a ver al bebé, tenía —calculo— unas sesenta horas de edad; cuando el sol se alzara, tres días de vida.

Por profilaxis, la puericultora de guardia lo había acostado de espaldas: algo relacionado con las caderas, o bien, con tres días y sietemesino, la idea de que no adquiriera malos hábitos.

Él, tortuga panza arriba, golpeaba el aire con sus cuatro patas, buscaba los bordes perdidos del útero; y se desgañitaba, un cascabel patético detrás del plexiglás.

Fui a buscar a la puericultora, era la hora del descanso, yo representaba el papel de la pesada preocupada, de la mamá: ¿y si descendía la tasa de oxígeno? ¿Y si sonaba la alarma cardíaca?

Yo sabía que él debía recuperar fuerzas. Sabía que el bebé debía dormir sobre la barriga, acurrucarse y tranquilizarse. Ella sabía que él cojearía si seguía haciendo la rana, sabía que dentro de unas cuantas semanas, cuando llegara a nuestra casa, sería imprescindible que durmiera de espaldas, si no ¡cuic!, ¡muerte súbita!

Regresé ante la incubadora. Abrí la puerta, y el calor húmedo ascendió por mi manga. Deslicé la mano debajo de su espalda; y con un solo movimiento, sin preocuparme por los puntos, los drenajes, los electrodos, le di la vuelta como a una tortita. Al instante se durmió. Los artefactos enmudecieron. Aquella noche comprendí que yo era su madre.

*

Madre: infantilización, culpabilización, castración. Ñoñerías, flojeras, chocheces. Repliegue. Neurosis. Autismo. Ombligo.

Virgen María y Mater Dolorosa. Genitrix.

Mamá = Muerte: es la Vulgata como reacción, el tópico que contesta a las bobadas, el otro sentimentalismo.

«Madre» con «abusiva», «familia» con «rancia».

Tomarse la libertad de inventar las frases, el amor, la maravilla, ese programa de vida, de deseo: ser madre.

*

Yo siento en estos momentos pasión por mis padres.

*

Boca abajo sobre el parqué, se le escapa un cubo. Se ha dado cuenta de que podía moverse en el espacio, pero todavía no acaba de saber cómo. Entonces se apoya en las manos y se desliza hacia atrás, sobre la quilla de su vientre, alejándose del objetivo apoyo tras apoyo.

*

Felicidad al recuperar las frases de Hervé Guibert, en su diario recién aparecido, *Le Mausolée des amants*.

«El momento más hermoso, el más inolvidable, cuando acabamos de acostarnos juntos, de lado, uno frente a otro, las caras tan juntas, y nos miramos, nos reencontramos, una sonrisa en todo el rostro, iluminado, después el primer beso, sentir sus labios, su boca...»

Instantáneamente pienso en el bebé, en cuando volvemos de la guardería; y todavía me gusta más el escritor, por trastornar así mis sentidos, por turbarme siempre, hasta el malestar.

*

Mi mejor amiga, angustiada: la tata se ha despedido.
Bendita sea la guardería.

Cabriola: cae del sofá y se aplasta contra el suelo. Hace una pausa —uno, dos segundos— antes de lanzar aullidos: igual que los personajes de Tex Avery, batiendo las piernas en el vacío hasta que la información les llega al cerebro.

Que el espacio se ahueque brutalmente, que la tranquila superficie sobre la que jugaba se esfume de ese modo: el choque de adrenalina debe de estar a la altura de la traición. Nosotros le cubrimos de besos; auscultamos y acariciamos las rojeces sobre su frente; exageramos —creemos— sus sufrimientos, le compadecemos enfáticamente: para que en este teatro del miedo y del consuelo se convenza de que el mundo no es una trampa.

Él explora incesantemente; incluso mientras come, prueba la consistencia de la cuchara, de la comida, palpa el biberón, intenta cogerlo: en cuanto lo consigue, considera, por otra parte, que es más agradable que le sirvan.

Explorar el polo Sur, el fondo de los mares, la Amazonia o Marte significa sin duda sentir la nostalgia de la alfombra en la que jugábamos. Un gran cuadrado de colores, con postigos de tela que hay que levantar, cúpulas de espuma que están a punto de reventar, bolsitas de semillas que hay que sacudir, formas que se revelan, un espejo debajo de un escondite, un oso que hay que hacer salir del bosque.

Agorado por una reptación todavía problemática, el bebé se desplaza a revolcones; pronto desborda la alfombra y llega al parqué, despreocupado de los choques de su cráneo al ritmo de sus contorsiones. Nosotros afelpamos los cantos de los muebles, suprimimos la mesita baja, añadimos trozos de moqueta: satisfechos del saqueo, como si

el bebé introdujera un fermento de anarquía en nuestro aburguesamiento. Manchas, derramamientos, desorden, desgarramientos y roturas variadas: hemos acogido en casa a un agente perturbador cuya presencia nos pone eufóricos.

Que lo mantengan en pie es su mayor placer. Empuja sobre sus piernecitas, que se dibujan en muslos, rodillas, pantorrillas, tobillos. Su rostro resplandece, triunfa. Aprovecha cualquier ocasión: contrariado, gruñón, hambriento, salta sin embargo de alegría al comprobar de ese modo su flexibilidad. Su silueta se metamorfosea: veo a un pitufo, adivino al niño.

Si lo siento, se hunde progresivamente: vientre sobre los muslos, nariz en el suelo y frente ante los dedos de los pies. La postura es asombrosa. En el baño, se escuda en el borde de la bañera, brazos abiertos, pachá; se atreve a soltarse de una mano para agarrar su patito de plástico, que el jabón convierte en cómico.

Sabe quedarse boca abajo. Los músculos de su espalda se han desarrollado, mantiene la posición mucho más rato del que nosotros podríamos, apoyándose en un solo brazo para llevarse los juguetes a la boca con desenvoltura. De vez en cuando descansa, juega con la alfombra; y tengo que reprimirme para no correr a abrazarle.

De vuelta entre sus compañeros de guardería, aprende en un solo día a levantar el trasero y a movilizar sus caderas para correr a gatas.

*

Me entero de que en el Elysée, para celebrar la victoria de unos deportistas, han comido polluelos.

Me gustaría creer que es el esnobismo del menú lo

que me horroriza; pero no: es la literalidad de la palabra, la escenificación del fantasma: devorar al bebé.

*

De bruces delante de la televisión sigue los movimientos de los colores y de las luces; su fascinación ya es turbadora. Ríe ante los cambios rápidos, todavía no parece identificar a los humanos.

Delante de unos vídeos es sensible a nuestras voces, tal vez a nuestros rostros; el sonido de su propia voz le deja estupefacto.

Le alejo de las imágenes de un atentado, cuerpos despedazados, sangre en el pavimento. Hago ese gesto para mí misma: su despreocupación no tiene nada de encantadora.

*

Cuando era muy pequeño, y mamaba con los ojos cerrados, yo sabía que se dormía cuando su succión se volvía temblor, una especie de suave tic, un sueño en la comisura de los labios.

*

Cuando le prohibimos algo —tocar la taza que abrasa, golpear el ordenador—, nos estamos refiriendo a lo que más le interesa en el mundo. Nuestras ofrendas de cubos y de osos son tratadas con desprecio: es capaz de volverse doscientas veces hacia el objeto deseado. Su obstinación y su concentración están a la altura de lo que se le oculta:

sin duda, el secreto del universo, la clave de toda una serie de enigmas.

*

El padre del bebé está a punto de irse varias semanas por asuntos de trabajo. Piensa grabarse en vídeo para el bebé: unas «buenas noches» y un «pienso en ti» de papá a Nicolas. Nuestros inventos nos enternecen, pobres de nosotros. Un trato con la ausencia, eso es lo que es la paternidad y la maternidad.

*

Cubierto con el mismo gorrito blanco que cubría la cabeza del bebé (un rollo de algodón esterilizado pegado con un esparadrapo); viscoso, colorado, con aspecto fatigado; sentado sobre una mano tan grande como él; cabeza aplastada, mejillas hinchadas, ojos hundidos; cordón gelatinoso retorcido sobre una pinza; lamentable y cómico, pastoso y maravilloso, bello como una aparición: un recién nacido fotografiado por Nan Goldin.

*

Axiomas y proverbios:

Nacer no es lo contrario de morir.

Nacer no se mide ni se castiga: morir no es su consecuencia.

Nacer es una ocasión que hay que aprovechar: la única.

El bebé es inmortal, igual que su padre, igual que yo.

*

Ahora ya come papillas de carne y de pescado. Su mierda adquiere nuevos olores.

Grita AAA sobre la cuchara y BRRR al pulverizar el alimento.

Sopla en el biberón como en una trompeta.

Le asoma un diente.

Ayer, al llamarle por su nombre, volvió la cabeza.

Empieza a estirar los brazos; a entregar las cosas.

De primera vez en primera vez, ¿cuál de ellas señala un paso, cuál de ellas señala un inicio, un final?

*

«Convendrá garantizar a los clones un estatuto de ser humano al ciento por ciento.»

Que la precisión sea necesaria, eso es lo que promete nuevos gustos.

Nueve meses después del nacimiento del bebé, en lo que a mí respecta se ha perdido su origen. Paquete postal, meteorito, célula clonada, quimera llegada a la vida, la espiral del ADN que le sustenta sigue siendo ajena a mi intuición. Su parte de genes no guarda ninguna relación con su existencia. Un momento de amor encarnado; el mar, el chapoteo, el sol de un final de verano: tópicos que han tomado cuerpo. Él los deja in situ, en nuestras memorias: recuerdos que no le conciernen.

Lo que poco a poco voy sabiendo de él sólo se alimenta de unos tanteos que nos aproximan. Está hecho de palabras y de tiempo, de carne, de impulsos. Ningún programa lo codifica, ningún deseo determina lo que es.

ÍNDICE

PRIMER CUADERNO

Primavera, verano 9

SEGUNDO CUADERNO

Verano, otoño 73

¿Qué es un bebé?

¿Por qué hay tan pocos bebés en la literatura?

¿Qué hacer con los discursos que los rodean?

Marie Darrieussecq describe cómo el nacimiento de un bebé revoluciona la vida de una mujer y los sentimientos contradictorios –nostalgia y premonición, felicidad y angustia– que esa nueva presencia provoca.

En este texto autobiográfico –el 2 de abril de 2002 nació Mathieu, el primer hijo de Marie Darrieussecq–, la joven mamá recorre, como en un diario íntimo, los nueve primeros meses de una cohabitación trivial y sin embargo siempre asombrosa, hasta la primera separación y la entrada en la guardería.

«Un libro escrito con humor, distancia y lucidez, en el que la autora analiza, disecciona, comenta» (Nathalie Dupuis, *Elle*).

«Marie Darrieussecq se abalanza sobre las palabras, para contar a su manera, única, una experiencia secular» (A. Gastineau, *Parents*).

«El bebé como tema único de un libro, totalmente singular y absolutamente universal. Un texto encantador, tierno, divertido, profundo. Y sobre todo jamás empalagoso» (Danièle Mazingarbe, *Madame Figaro*).



9 788433 970473